

CLARA TAHOSES

*El Último  
gran  
Unicornio*



## Índice

Portada  
Sinopsis  
Portadilla  
Dedicatoria  
Cita  
El nacimiento de un unicornio  
El avestruz miedoso  
La escritura mágica  
La aldea sedienta  
Las hienas risueñas  
El secreto del elefante  
El lenguaje de los árboles  
La morada del hechicero  
El Reino Triste  
Las manzanas del perdón  
El paraíso de los unicornios  
Bibliografía  
Créditos

## SINOPSIS

Un cuento que narra el despertar de un unicornio en un mundo totalmente desconocido. Toma la decisión de buscar a su madre recorriendo un camino real y, al mismo tiempo, de superación y autoconimiento. En su viaje encuentra personajes que le regalan píldoras informativas que le ayudarán a seguir adelante, cambiar estereotipos, afrontar acontecimientos, cometer errores y aprender de ellos, transformar sus sentimientos negativos en perdón... en definitiva, a madurar. Al final aprenderá, que el camino, la vida, es tan importante como la meta.

CLARA TAHOSES

*el Último  
gran.  
Unicornio*



Ediciones  
Luciérnaga

*Para quienes se han sentido alguna vez solos,  
porque de la soledad nacen los más puros sentimientos y creaciones.*

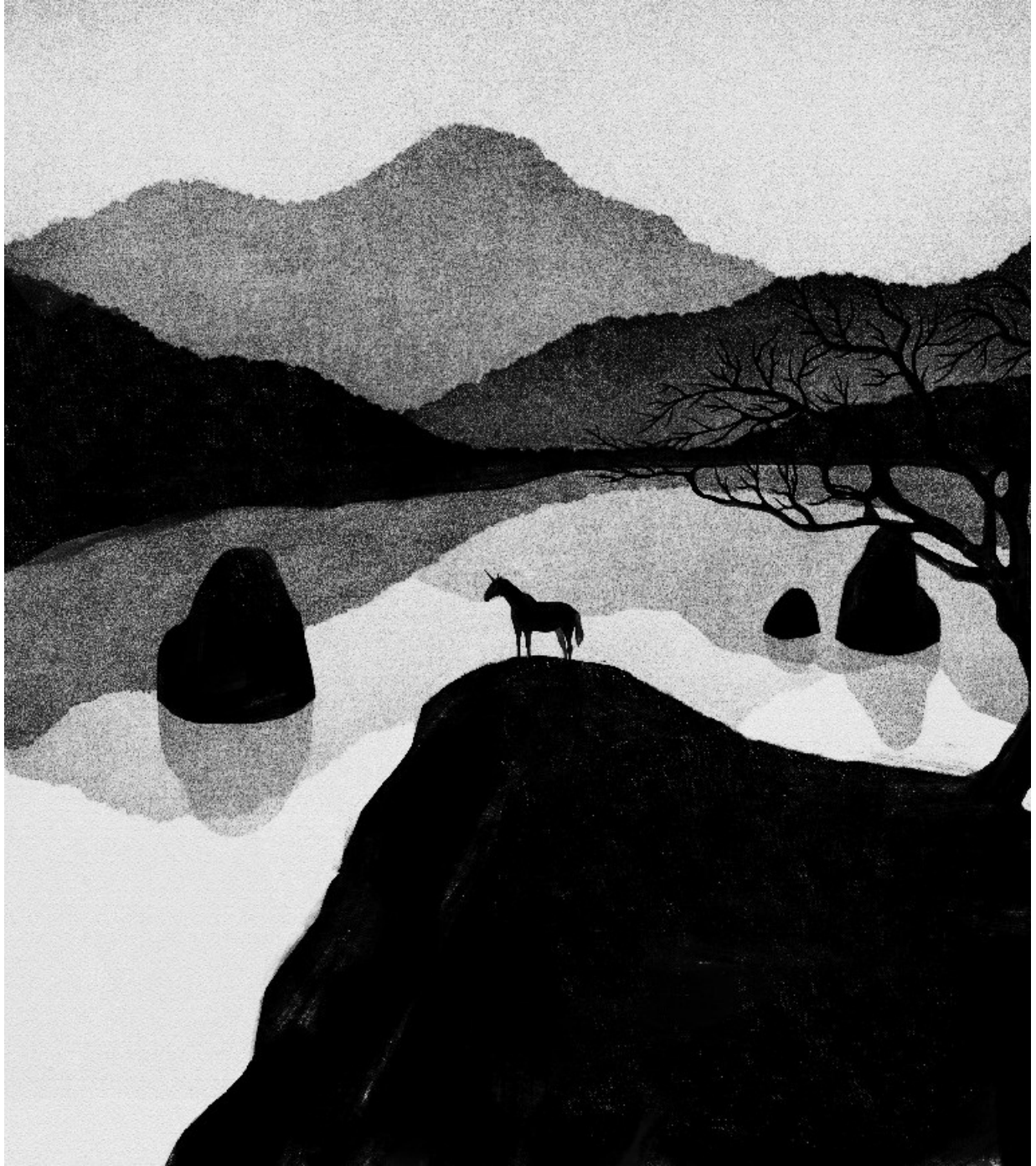
Los cuentos son una medicina. Me sentí fascinada por ellos desde que escuché el primero. Tienen un poder extraordinario; no exigen que hagamos, seamos o pongamos en práctica algo: basta con que escuchemos. Los cuentos tienen los remedios para reparar o recuperar cualquier pulsión perdida. Los cuentos engendran emociones, tristeza, preguntas, anhelos y comprensiones que hacen aflorar espontáneamente a la superficie el arquetipo.

CLARISSA PINKOLA ESTÉS

## **El nacimiento de un unicornio**

Quizá la mayor equivocación acerca de la soledad es que cada cual va por el mundo creyendo ser el único que la padece.

JEANNE MARIE LASKAS





Todo nuestro mal proviene de no poder estar solos.

JEAN DE LA BRUYÈRE

Cuando despertó del sueño de la Madre Eterna no había nadie. Miró en todas direcciones, pero estaba completamente solo. Más tarde sabría que el nacimiento de un unicornio es producto de las lágrimas del universo, igual que las estrellas lo son del cielo.

Quiso gritar, hacerse notar, que alguien viniese a su encuentro explicándole por qué estaba allí, en medio de la terrorífica nada. La nada, para quien no lo sepa, es una espiral enorme que devora todo aquello que encuentra a su paso, y solo aquellos que consiguen apartarse de su inexorable caminar evitan ser engullidos por ese pozo de oscuridad.

Entonces, consciente del peligro que corría, gritó angustiada aún más, con todas sus fuerzas, hasta desgañitarse. Pero nadie salió a su encuentro, *nadie lo rescató de su soledad*.

No hay nada peor que un unicornio solitario, porque —paradójicamente frente a lo que se espera— se siente tentado de cornear a todo ser viviente que aparece en su senda. El aguijón de la soledad pica más cuando el unicornio se hace mayor, porque este ya ha aprendido que nada será capaz de calmar su sed de compañía.

Como pudo, se puso en pie sosteniéndose con la ayuda de sus todavía frágiles patas. Quería otear el extraño lugar en el que había sido depositado. Buscaba una pista capaz de conducirlo al paradero de los suyos. Pero solo obtuvo el silencio por respuesta.

Al cabo de varias horas se hizo de noche. El pequeño unicornio vio por vez primera la luna. Como era algo extraordinario para él, pensó en dirigirse a esta.

—Hermosa circunferencia que brilla —dijo él—. ¿Eres tú mi madre?

—No. Yo no tengo un cuerno en mi frente. A lo sumo —repuso la luna—, a veces tengo dos, pero nunca uno solo.

—¿Y qué más da? —preguntó el unicornio—. ¿No podrías cuidar de mí igual que lo haces de las estrellas? Ellas tampoco son como tú.

—Podría, y de hecho, lo haré. Pero solo durante el tiempo que reine la oscuridad —explicó—. Tras eso, me iré como la brisa que acaricia tus doradas crines.

—Y después, ¿quién me cuidará? —preguntó el cachorro inquieto.

—Eso deberás preguntárselo al sol —contestó la luna—. Yo no puedo hacer más.

Y transcurrió la primera noche para el unicornio, bañado por la intensa luz de la luna, sobrecogido por los sonidos del bosque, por el quejido de las ramas y el ulular de los búhos.

Pero cuando la noche tocó a su fin, la luna se fue de puntillas, sin avisar, sin despedirse del pequeño unicornio, casi haciéndose la interesante. Y hubo un momento en que el animal se sintió desamparado porque sobre el cielo no reinaba más que la luz dorada que nacía del horizonte. Sin embargo, no se dibujaba ni la luna, ni el tan anunciado sol. Es ese instante en que ni es de día ni de noche, el tiempo en el que todo puede ocurrir, cuando los «ladrones de sueños» actúan

impunemente, llevándose las ilusiones de los justos. Fueron precisamente aquellos quienes se llevaron el sueño del unicornio, precisamente cuando había encontrado a su madre y, despreocupado, jugaba con otros de su misma especie. Pero solo era un sueño...

El unicornio despertó sobresaltado y bañado en sudor, igual que esos bebés regordetes de piel rosada, que tras un profundo período de descanso dejan sus babas sobre el rostro de la madre que se aproxima a besarlos. Su blanco y suave pelo parecía húmedo; olía a inocencia. El sol, ya en lo alto, picaba su piel. Notó un leve aguijoneo. Una llamada tranquila pero insistente que le reclamaba que abandonase el mundo de las fantasías.

Tímidamente abrió los ojos y miró hacia arriba... Ahí estaba él: majestuoso y arrogante, cual emperador que luce su capa multicolor repleta de matices. Aunque se le antojaba que «el gran señor de la luz» no era muy parecido a él, se atrevió a preguntar.

—¿Eres tú mi padre? —dijo con timidez.

—No —respondió tajante.

—¿No vienes a cuidar de mí?

—Mi cometido es aparecer incondicionalmente, aunque tú no estés —señaló altivo.

—¿Sabes tú por qué estoy solo?

—Porque eres una criatura a punto de extinguirse —repuso él.

Comoquiera que el animal puso cara de no entender nada de lo que le decía, el sol decidió hacerle compañía durante todo el día.

El pequeño hacía muchas preguntas, todas encaminadas a descubrir por qué se encontraba desamparado cuando otras criaturas a su alrededor gozaban de la compañía de sus semejantes.

El sol optó por la vía fácil; cada vez que el unicornio preguntaba alguna inconveniencia se escondía entre las nubes. Aquella mañana se escondió muchas veces; tantas que decidió marcharse del todo dejando al pequeño en compañía de las nubes, el trueno y los relámpagos.

Entonces el animal se sintió aún más desamparado. Aquellos improvisados visitantes no tenían muy buenas pulgas. Se dedicaban a asustarlo con gritos y focos de luz.

Por suerte, su presencia no fue duradera y pasadas varias horas dejaron paso de nuevo a las estrellas y a la luna. Para aquel entonces, el unicornio estaba hambriento. Nadie le había enseñado que hay que comer y beber para no morir de inanición. La luna se apiadó de él y mandó a una de las estrellas que habitaban en su corte para que se acercase lo máximo posible hasta su posición.

—Dice la luna que debes comer de esas hierbas que crecen en el suelo, y beber de aquella charca.

El unicornio no dijo nada; se limitó a obedecer, y cuando se notó suficientemente saciado, se dirigió a la estrella.

—Cuando regreses junto a la luna, ¿puedes preguntarle dónde están los míos?

Resultaba evidente que ninguna criatura de las que allí moraban era igual a él.

—¿Los tuyos? —dijo la luna alzando una ceja—. Los tuyos... ya no viven en este valle.

—¿Por qué no?

—Porque fueron perseguidos y capturados por el Rey Triste —contestó la luna haciéndose un poco más brillante.

—¿Y quién es el Rey Triste? —preguntaba el pequeño, igual que hacen los niños humanos.

—Sube a mi lomo ahora que puedo acunarte —respondió ella— y te contaré lo que ocurrió.

Uni —a quien las estrellas habían bautizado así por representar a un ser único, y por tanto, solitario— hizo caso a la luna y de un gran salto, como solo los unicornios pueden dar, se colocó sobre su lomo.

—Érase una vez —comenzó a narrar la luna— un rey muy divertido y entusiasta que vivía rodeado de amigos y súbditos. Era tan feliz que para celebrarlo todas las noches organizaba una fastuosa fiesta. En una de ellas conoció a una joven princesa que conquistó su corazón. Poco después, se casaron.

—¿Qué significa «conquistó su corazón»? —repitió Uni.

—Eso quiere decir que ella logró llegar a una parcela, en el interior del rey, en la que no había sido capaz de entrar nadie nunca antes.

El unicornio asintió con la cabeza y la luna prosiguió su historia.

—Al cabo del tiempo la joven esposa quedó encinta y dio a luz a una preciosa niña. Sin embargo, el parto no fue sencillo y la reina murió a los pocos días —dijo la luna apenada—. A consecuencia de este acontecimiento, el rey no supo dar a la niña el amor que esta precisaba, pues la juzgaba responsable de la desaparición de su felicidad. La princesa fue atendida noche y día por sus nodrizas, pero el rey se negó a verla, a tomarla entre sus brazos y a darle, en definitiva, el cariño que todo ser humano precisa.

—¿Y qué ocurrió después? —preguntó el animal intrigado.

—La niña creció sin el amor paterno que tanta falta le hacía —repuso la luna—. Y el rey experimentó un cambio en su carácter volviéndose hosco y malhumorado; tanto, que todos comenzaron a llamarle Rey Triste. Pero él no se daba cuenta de que ese amor que le había negado a la princesa moldearía su carácter también, convirtiéndola en una persona tímida, retraída e insegura.

Uni no veía ninguna relación entre la historia del Rey Triste y su familia perdida, pero no dijo nada dejando a la luna proseguir.

—Un día, pasados los años, el rey enfermó gravemente. La princesa, como era de esperar, no se interesó por su estado de salud. Durante los días que se prolongó su enfermedad, el rey tuvo mucho tiempo para pensar, y cuando se restableció por completo reparó en su error. Se dio cuenta de que con su actitud lo único que había logrado era que ambos estuviesen *completamente solos*. Intentó hablar con su hija para explicarle su descubrimiento, pero la princesa se negó a escucharle.

—Y... después, ¿volvieron a hablarse? —inquirió Uni alzando un poco el cuello.

—El rey intentó todo lo posible para recuperar el amor de su hija, pero esta ya no atendía sus peticiones. Entonces, desesperado, no vio más opción que buscar la ayuda de los hechiceros del reino. Casi todos coincidieron en que el mejor remedio para los casos agudos de soledad era la presencia de un animal; un ser en quien la princesa pudiese confiar, a quien transmitirle sus penas e inquietudes. El rey pensó que tenían razón, y determinó buscar al ser más bello, al ser más perfecto, al ser más puro e incorruptible de todos cuantos animales pueblan este planeta. Y solo se le ocurrió uno: un bebé de unicornio.

Uni, que escuchaba con atención y en silencio, sintió una punzada en el corazón. Cuando escuchó la palabra *unicornio* algo se removió en su interior y, sin que hiciesen falta más explicaciones, comprendió que él era uno de esos animales que tan desesperadamente buscaba aquel rey triste y solitario.

—Mi familia está con él, ¿verdad? —preguntó, aunque casi prefería no conocer la respuesta.

—Él se llevó a tu madre —repuso la luna titubeante—. Tu padre tuvo menos suerte... Cayó abatido por la expedición enviada por el rey. Fue un acto involuntario; se produjo cuando trataba de impedir que fueses raptado, aunque antes logró esconderte y por eso estás aquí.

El pequeño unicornio se quedó mudo, desolado. Solo acertó a descolgarse de la luna para caer sobre la hierba, todavía húmeda, igual que sus ojos, brillantes por las lágrimas.

La luna lo llamó una y otra vez, tratando de consolarlo, pero el unicornio no respondió. Se quedó tumbado sobre la hierba; las patas cubrían su rostro. Así permaneció mucho tiempo.

## **El avestruz miedoso**

No es valiente el que no tiene miedo, sino el que sabe conquistarlo.

NELSON MANDELA



Uni se replegó por completo desentendiéndose del mundo que lo rodeaba. ¿A quién le importaba el mundo, si al mundo no le importaba él?, se dijo. Pese a que la luna lo llamó una y otra vez durante la noche, el pequeño hizo caso omiso. Tampoco atendió la llamada de las estrellas, ni la de ninguna otra criatura que —extrañada al ver a un unicornio tumbado en la hierba— se acercó para ver si estaba bien, o si, por el contrario, necesitaba algo.

*Su miedo le impedía moverse o actuar.* Tan solo le acompañaban los malos presagios. Trató de buscar consuelo en pensamientos amigos: tal vez no le habían dicho la verdad. Quizá la luna solo había querido burlarse de él, igual que las estrellas o el altivo sol. Esta idea le sirvió durante un tiempo como válvula de escape.

Pero ¿y si no mentían? ¿Y si todo se trataba de un hecho cruel, pero auténtico? De ser así, ¿por qué le había ocurrido a él? ¿Acaso se trataba de un castigo de factura invisible? ¿Había hecho algo para ser merecedor de tan cruel soledad?

Pronto surgió la *culpa*... ¿Y si había perdido a sus padres porque *no merecía ser amado*? Entonces, nuevos y sombríos pensamientos recalaron en su mente: su madre, en caso de estar viva, seguramente debía de odiarlo por ser el causante de la muerte de su esposo. Quizá era preferible no haber nacido. Si no lo hubiese hecho, su padre ahora estaría vivo; nadie tendría que haber salido en su defensa por ser un unicornio recién nacido, y no habría perjudicados.

Poco a poco se sumió en una profunda tristeza que le llevó a desear desaparecer de este mundo. Juzgó que si se quedaba muy quieto, sin mover un solo músculo, tal vez *alguien* se lo llevara para transportarlo al paraíso de los unicornios, un lugar creado en su mente, una zona imaginaria en la que adentrarse para olvidar la realidad que lo rodeaba: su propia soledad.

Mientras estuvo en aquel lugar todo fue bien. Entró en una especie de pseudoletargo solo interrumpido por un picotazo en su lomo.

¿Quién lo llamaba con tanta insistencia? ¿Quién podía reclamarlo al mundo de la realidad? ¿Quién podía precisar algo de él *si no merecía ser amado*?

Decidió que al menos debía prestar atención al reclamo. Lentamente, abrió los ojos y dio un respingo. Ante él se hallaba una extraña criatura con pico y plumas, semejante a un pájaro, pero mucho más grande. Uni nunca antes había visto tal fenómeno.

—¿Quién eres? —preguntó turbado.

—Me llaman avestruz. ¿Has visto un enorme huevo por aquí?

—No. No lo he visto —respondió Uni.

—¿Qué haces ahí tumbado? —preguntó—. ¿Te encuentras bien? No tienes buena cara.

—Es porque estoy solo... —contestó el pequeño.

—¿Y qué? —inquirió el avestruz—. Muchas criaturas lo están y no se quedan tumbadas sin más, esperando la llegada de la nada. Con eso, tan solo se consigue agrandar la soledad.

—Pero *el miedo me paraliza*. Soy incapaz de reaccionar —contestó el pequeño.

—Tienes que salir adelante —insistió el avestruz—. Sea lo que sea que te ocurra, el mundo sigue girando.

—Pero ¿cómo hacerlo si tengo miedo?

—¡Mírame a mí! Yo estaba igual que tú, y ahora ya no tengo miedo.

—Pero tú no estás solo —protestó.

—¿Y cómo lo sabes? No lo estoy ahora, pero lo estuve, quizá tanto como tú en estos momentos. Escucha mi historia.

Uni se dispuso a escuchar sin mucho ánimo.

—Cuando era chico —dijo el avestruz—, la timidez me venció. Tenía miedo a hablar con mis semejantes por si metía la pata, miedo a sonreír por si a alguien le resultaba inconveniente mi alegría, miedo a llorar por si me veían, miedo a protestar por si me daban de lado, y miedo a estar callado, porque el silencio, a veces, vale más que mil palabras.

—¿Y qué hiciste? —dijo Uni, cobrando algún interés por la historia del avestruz.

—Decidí desaparecer. Pensé que si nadie veía mi rostro, sería incapaz de sentir miedo. Por eso, ayudado por mis patas, cavé un profundo hoyo para meter la cabeza y así poder olvidarme del mundo...

—¿Lo conseguiste?

—En realidad, no —repuso el avestruz—. Al principio, me sentía muy bien dentro de aquel agujero. Nadie perturbaba mis pensamientos, y tampoco yo interfería en los de los otros. Por eso, cada vez permanecía más tiempo dentro, porque realmente se estaba muy bien, mejor que fuera. Sin embargo, cuanto más tiempo pasaba en el interior de aquella cavidad, menos deseaba salir...

—¿Y?

—Llegó un momento en que *me daba miedo abandonar el agujero. Se estaba tan seguro y comfortable* allí dentro que no podía afrontar el mundo. Pero ¿sabes una cosa? El mundo no se había olvidado de mí y aunque yo no quisiese, tomó buena nota de mi presencia. Por eso, un día, cuando llevaba mucho tiempo dentro del agujero, comencé a notar picores en mis patas; eran como pequeños mordiscos.

—¿A qué se debían? —preguntó Uni.

—Quería averiguarlo, pero justo entonces, descubrí que no podía sacar la cabeza del agujero. Lo intenté con todas mis fuerzas, pero se había quedado encajada y no era posible extraerla. Sin embargo, los picotazos continuaban, y lejos de disminuir, iban en aumento. En aquel momento ocurrió algo maravilloso: ¡dejé de tener miedo! Mi única preocupación era salir de aquel lugar y ver qué les estaba ocurriendo a mis doloridas patas. Por ello *luché por lo que deseaba utilizando toda mi energía* hasta que el agujero cedió, permitiéndome ver la luz del sol nuevamente. Y... ¿sabes qué?

—¿Qué? —preguntó el unicornio cada vez más intrigado.

—¡Solo eran hormigas! ¡Diminutas hormigas que picaban mis patas para llamar mi atención! Y así fue como perdí el miedo y la timidez —concluyó el avestruz.

—Pero mi miedo es diferente al tuyo —repuso Uni—. Temo que no me acepten, temo no encontrar otros como yo.

—Bueno, es que quizá no los haya o tal vez sí. Pero si no los buscas nunca lo sabrás. En cambio, si lo haces, al menos habrás logrado vencer tus miedos y tus temores. Escúchame bien, pequeño:

**Quando eres pequeño, eres puro...**  
**Quando eres pequeño, no existen los prejuicios.**



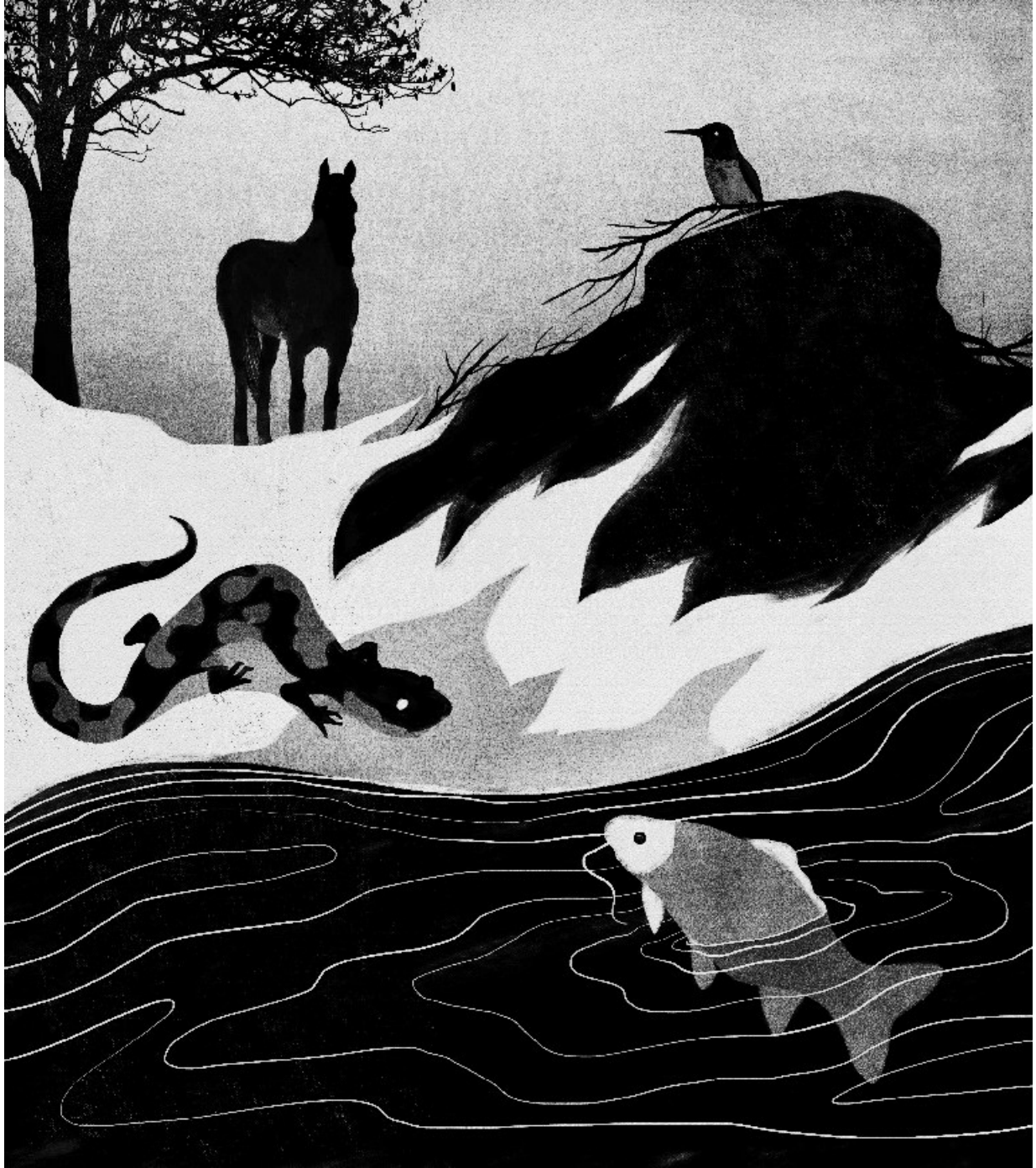
---

»Y tú eres demasiado pequeño para tener tantos prejuicios y temores. *Lucha por lo que deseas*. Lo conseguirás.

## **La escritura mágica**

Lo importante no es el fin del camino, sino el camino. Quien viaja demasiado deprisa se pierde la esencia del viaje.

LOUIS L'AMOUR



Uni juzgó que tal vez era recomendable hacer caso al avestruz-que-ya-no-era-miedoso. A fin de cuentas, él había pasado por una situación similar y sabía cómo afrontarla. Sus palabras lo animaron a seguir adelante, a luchar por sus metas, que básicamente se resumían en una: encontrar otros unicornios.

Quizá no fuese tan difícil averiguar dónde habitaba alguien como él. No sabía aún lo que suponía ser un unicornio, porque nadie se lo había explicado, pero sí estaba seguro de que no podía ser el *único* que existiese sobre la faz de la Tierra... ¿O tal vez sí?

Eso es lo que se disponía a averiguar. Quizá su madre seguía viva en alguna parte en los dominios del Rey Triste. Solo era cuestión de enterarse dónde quedaba aquel reino para emprender viaje cuanto antes.

Por consejo del avestruz viajó siguiendo a las estrellas. «Así nunca te perderás», le dijo. Al principio no advirtió gran cosa, pero a medida que pasaban los días empezó a sentirse mejor. *El solo hecho de haber tomado aquella decisión le daba fuerzas* para proseguir su camino en la vida.

A cada criatura que hallaba a su paso le formulaba la misma pregunta: «¿Eres unicornio, como yo?». Y todos respondían del mismo modo: «No. *Yo soy distinto a ti*».

Un día llegó a un pequeño riachuelo. Ahí se topó con un pájaro que, apoyado sobre una piedra, trataba de saciar su sed. El ingenuo unicornio preguntó:

—¿Tú y yo somos iguales?

—No —repuso el ave—. Entre tú y yo hay una gran diferencia: no puedes volar y yo, en cambio, sí. Soy un símbolo del aire. —Y diciendo estas palabras, se esfumó fundiéndose con el viento.

El pequeño colibrí siguió su camino y Uni se quedó meditabundo, pues quería preguntarle el significado de lo que había dicho. Pero no se desanimó y prosiguió su búsqueda.

Otro día, al llegar a un gran valle repleto de arbustos, cuando se paró para descansar cerca de ellos, advirtió la presencia de una salamandra que parecía querer ocultarse de su mirada.

—¡Espera! —gritó él.

—¿Qué deseas? —preguntó la salamandra.

—¿Tú y yo somos iguales?

—No —repuso la salamandra—. Entre tú y yo hay una gran diferencia: no puedes tener el fuego como compañero, y yo, en cambio, sí. Soy un símbolo del fuego.

Uni quería preguntarle qué diantres significaba eso, pero en un santiamén la salamandra se camufló entre los arbustos.

El pequeño unicornio no dejó que esta incertidumbre lo venciera y continuó su ruta hacia el norte. «En algún lugar deben de estar los míos», se dijo para cobrar nuevos ánimos.

Pasados varios días de agotador viaje en los que el animal apenas durmió, decidió hacer un alto cerca de un vasto lago. El tiempo era espléndido y tras descansar lo suficiente se aproximó a la orilla. Entonces se percató de la presencia de varios peces y de su pugna por procurarse alimento. Estaban tan enfrascados en sus menesteres que ninguno le prestó la más mínima atención.

Uni trató de hacerse notar removiendo el agua con su hocico hasta que un pececillo se le encaró diciéndole:

—¿Qué diablos quieres? ¿No ves que nos espantas la comida?

—¿Tú y yo somos iguales?

—No —repuso el pez—. Entre tú y yo hay una gran diferencia: no puedes respirar bajo el agua y yo, en cambio, sí. Soy un símbolo del agua.

Tras decir esto, sin esperar réplica de ningún tipo, el pez volvió a sumergirse haciendo imposible toda comunicación con él.

Uni empezó a desesperarse... ¿Es que no había nadie en el mundo igual a él? No era posible que estuviese condenado a estar completamente solo, vagando por aquellos parajes sin hallar a nadie con quien compartir todas aquellas cosas que él podía aportar a los demás seres vivos que lo rodeaban.

En el momento en que estaba a punto de hundirse nuevamente en el pozo de la oscuridad, se repitió una y otra vez las palabras pronunciadas por el avestruz-que-ya-no-era-miedoso y estas lo ayudaron a continuar su solitaria ruta.

Después de varias semanas de viaje, recaló en una llanura en la que abundaba la buena hierba, el agua potable y la brisa suave del viento. Pensó que era un magnífico lugar para pasar unos días antes de seguir viajando.

Tras dormir tres noches en aquel increíble paraje pensó que quién sabía si una vez que hubiese encontrado a los suyos, podría regresar a ese emplazamiento para establecerse definitivamente. Tan preocupado como estaba por hallar a otros iguales a él, se estaba perdiendo las cosas buenas que nos ofrece la vida. Sin embargo, el pequeño no era consciente de ello.

Cuando estaba enfrascado en sus pensamientos, de pronto divisó una figura estilizada y atlética que galopaba con soltura por la llanura. Pese a la lejanía estaba seguro... ¡Era un unicornio! Tenía el mismo porte, la misma manera de galopar e incluso el mismo rostro.

Uni galopó nervioso hacia él para hacerle la pregunta que tantas veces había hecho y que siempre obtenía una negativa por respuesta.

—¿Tú y yo somos iguales?

—No —repuso el caballo—. Entre tú y yo hay una gran diferencia: no puedes ser domado y yo, en cambio, sí. Soy un símbolo de la tierra.

Después, agitando sus crines, salió al galope dejando a Uni, una vez más, con la palabra en la boca. ¡No era igual, el caballo carecía de cuerno!

El unicornio reflexionó sobre lo acontecido: ¿cómo era posible que hubiese conocido seres de aire, fuego, agua y tierra, y él no fuese igual a ninguno de ellos? Entonces ¿a qué extraño mundo pertenecía que no casaba con ninguno de los cuatro elementos?

De pronto, tuvo el convencimiento de que su búsqueda estaba destinada al fracaso; tal vez —pensó el unicornio— el problema fuera que los unicornios eran *seres improproductivos* para la naturaleza; seres *no válidos*, sin una función que cumplir en el mundo. Realmente daba igual que estuviese o no en aquel planeta. Nadie se lamentaría si desaparecía tragado por la terrorífica nada. Era un ser inservible; esa era la única verdad sobre los unicornios.

Sin embargo, cuando Uni se hallaba sumido en estos pensamientos, una pequeña abeja se posó justo entre sus ojos. El animal hizo aspavientos para quitarse de encima a tan molesto ser alado porque tenía fama de poseer un agujón muy incómodo. Pero cuanto más empeño ponía por

librarse de la abeja, más afán por quedarse mostraba ella...

Tras varias maniobras, la diminuta abeja se dirigió a él:

—¿Por qué tratas de librarte de mí?

—¿Por qué te empeñas en perseguirme? —preguntó el unicornio.

—Porque te he visto triste y quiero contarte algo.

—¿Qué sabes tú de mi tristeza? —contestó Uni—. *Todo el mundo sabe* perfectamente que las abejas sois los animales más productivos de la naturaleza. Se os respeta porque sois trabajadoras, inteligentes y útiles.

—*Todos servimos para algo* —respondió la abeja mirándolo con fijeza—. También tú cumples una misión en este planeta.

—En eso te equivocas. *Todo el mundo sabe* que los unicornios somos seres inútiles que no servimos para nada excepto para complicarle la vida a los demás.

—*Todo el mundo sabe, todo el mundo sabe...* —dijo la abeja burlona—. ¿Qué es lo que sabe todo el mundo? ¿Es que acaso desconoces que cuando dices «todo el mundo sabe...», *estás sentenciando que cosas que son variables se transformen en invariables?*

—Pero, es que *todo el mundo sabe...* —protestó el pequeño.

—¡Y dale! ¡Qué manía! ¿Me quieres escuchar de una vez y olvidarte de frases como «todo el mundo sabe»?

—¡De acuerdo! Te escucho, pero no me piques.

—No tenía intención de hacerlo; al contrario. Quiero ayudarte contándote la historia de K'i-Lin.

—¿Quién es K'i-Lin?

—Era un unicornio que habitaba en un país muy lejano llamado China. El K'i es la forma masculina de la especie y Lin la femenina. Pero ambos son uno. Era muy venerado y respetado en aquel país.

—Mira que me extraña...

—Pues no te tiene que extrañar, porque en aquel país el unicornio, junto con el dragón, el fénix y la tortuga, era considerado un animal de buen agüero. Es más, los chinos creían que la aparición de un unicornio presagiaba el nacimiento de un rey justo y ecuánime.

—¿Y cómo se explica que apreciaran tanto a K'i-Lin?

—Porque, aunque no lo creas, K'i-Lin era realmente útil para la comunidad. Fíjate si aportaba cosas que el soberano Fu Hsi explicó que en cierta ocasión, cuando estaba sentado cerca del río Amarillo vio emerger a K'i-Lin de las aguas y observó que en su lomo llevaba inscritos unos símbolos mágicos que le sirvieron para crear las primeras escrituras chinas.

—¿De veras? —preguntó Uni.

—Sí. Pero hay más. Los símbolos que Fu Hsi vio en el lomo de K'i-Lin más tarde fueron conocidos con el nombre de *Pa Kua*, una combinación de líneas continuas y quebradas que además de componer los símbolos básicos del chino también configuran el *I Ching* o *Libro de los cambios*, el cual se transmitió de generación en generación como método para predecir el futuro. Por eso, los chinos creen que el unicornio es un animal mágico que puede conocer cosas ocultas; cosas que otros seres, humanos o no, desconocen.

—¿Eso quiere decir que los unicornios servimos para algo?

—Claro. Y que seas diferente al resto de las criaturas con las que has coincidido hasta el momento no te hace peor ni mejor que ellas —explicó, emitiendo un pequeño zumbido con sus alas.

—Pero los animales que he conocido no han sido amables conmigo. Nadie quiso escucharme; *me hicieron sentirme solo y diferente* —repuso Uni.

—Quizá se debe a que no hiciste la pregunta adecuada... Si hubieses preguntado: «¿Quieres ser mi amigo?», en vez de decir: «¿Tú y yo somos iguales?», la respuesta hubiese sido distinta.

Uni asintió en silencio.

—Pequeño unicornio, hay algo que debes aprender:

**Todos servimos para algo. Hasta la más diminuta partícula del universo tiene su función.**

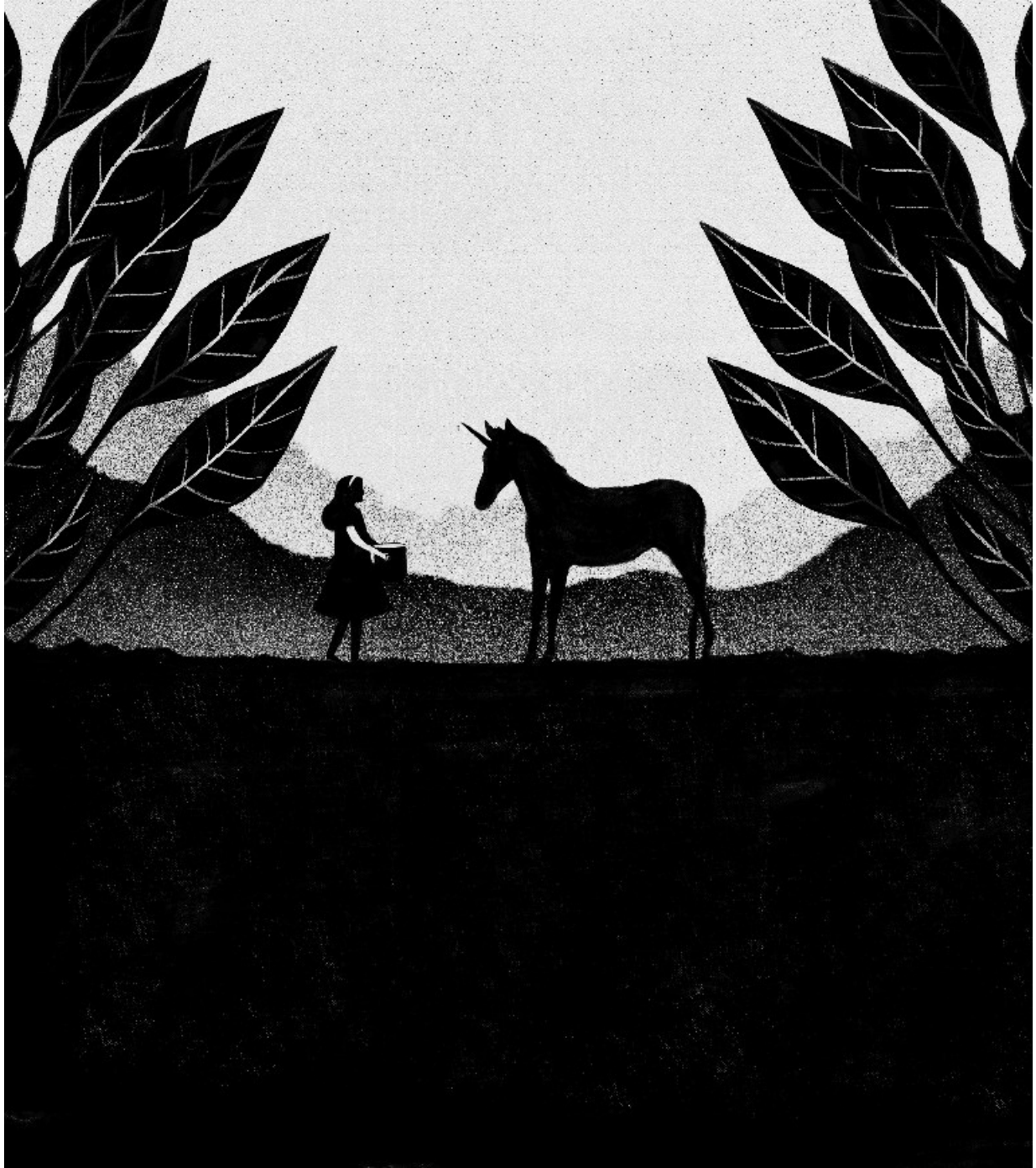
Después, la abeja se marchó zumbando para cumplir la suya.

## **La aldea sedienta**

La única manera de poseer un amigo es serlo.

RALPH WALDO EMERSON





Uni cobró nuevos bríos. Las palabras de la abeja le habían proporcionado una perspectiva diferente de las cosas. Una nueva visión de conjunto, mucho más positiva. Como se sentía un poco más seguro para continuar su búsqueda, reanudó nuevamente el viaje.

Tras varios días vagando por la espesura del bosque, el unicornio se cruzó con un ciervo de pelaje castaño. Al principio pensó que podía ser uno de su especie, pero cuando observó con detenimiento sus cuernos se dio cuenta de que no eran iguales al suyo.

—¿Sabes dónde quedan los dominios del Rey Triste? —preguntó el pequeño.

—No. Solo sé que tras esa colina hay una aldea de humanos; tal vez sea ese el lugar que buscas. Pero ten cuidado con ellos —advirtió.

Uni jamás había visto a un humano y no tenía idea de cuál podía ser su comportamiento. Realmente, no sabía a qué se refería su compañero del bosque.

—¿Qué quieres decir? —preguntó intrigado.

—¡Los humanos son muy raros! —exclamó el ciervo—. Nunca se sabe cómo van a reaccionar. Al menos con los lobos sé a qué atenerme, pero con ellos, quién sabe...

Pese a la advertencia, Uni —que carecía de prejuicios desde que el avestruz-que-ya-no-era-miedoso le explicase que no había que dejarse dominar por ellos— se dirigió alegremente a la aldea, pensando que tal vez allí estuviese su madre; había aprendido a buscar el lado positivo de las cosas.

Con el cansancio acumulado en sus huesos, vencido por el hambre y aturdido por la sed, Uni llegó a la aldea de humanos con la esperanza de que fuese ahí donde vivía el Rey Triste. Muy despacito, con humildad, se dirigió hacia unos aldeanos que había cerca de un puente de piedra.

—¡Hola! —dijo sonriente—. ¿Vive aquí el Rey Triste?

Los aldeanos, lejos de tomar su sonrisa como un signo de amistad, pusieron pies en polvorosa tan rápido como les fue posible al tiempo que gritaban:

—¡Hay una bestia! ¡Una bestia en la aldea!

—¿Bestia? —preguntó Uni extrañado—. ¿Qué bestia?

El animal no entendía que la *bestia* a la que se referían era él; lo era, al menos, para aquellos seres humanos que tampoco habían visto antes un unicornio, y que por tanto, se asustaban ante la presencia de Uni. *Sus prejuicios habían tomado cuerpo. Para ellos, el pequeño era un completo desconocido. Y es bien sabido que todo lo extraño causa pavor, haciendo que las personas actúen de manera extraña.*

Por tanto, nadie respondió a las preguntas del pequeño, porque nadie había ya allí que pudiese contestar. Los aldeanos se habían encerrado a cal y canto en sus casas, mientras la *bestia* —que nada comprendía— se tumbaba cómodamente en la plaza del pueblo a la espera de que alguien apareciese para resolver sus inquietudes.

Por su parte, los habitantes del pueblo observaban horrorizados cómo «la bestia del cuerno brillante» se negaba a dejar en paz aquellas tierras. Al llegar la noche, trazaron un plan; los mozos más fuertes, armados con azadas y rastrillos, salieron en grupo para espantar —si no conseguir dar muerte— al monstruo que se había apropiado de sus tierras.

Uni, que dormitaba junto a un árbol, se asustó al verlos llegar desde lejos, y ante la nada descabellada posibilidad de que tomasen represalias contra él, decidió utilizar el único truco que se le ocurrió.

Los humanos se detuvieron a una distancia prudencial del unicornio, mientras el más fuerte del grupo hacía acopio de valor para terminar gritando:

—¡No sabemos quién eres, ni qué quieres... pero estamos dispuestos a defendernos si no abandonas nuestra aldea! ¡Aquí no queremos bestias inmundas!

Uni reflexionó un momento antes de contestar:

—¡Solo busco al Rey Triste! —gritó.

Y por si aquello no era un argumento de suficiente peso, lo adornó con una «pequeña» mentira:

—¡Soy K'i-Lin! Y... *si me queréis y aceptáis traeré suerte y dicha a vuestros hogares.*

Sin embargo, los humanos no entendían su lenguaje. Para ellos sus argumentos resonaron como atronadores rugidos destinados a amedrentarlos.

—¡No permitiremos que destruyas nuestra aldea! —dijeron al unísono antes de lanzarse contra él.

Uni no tuvo más remedio que huir y refugiarse en el bosque. Gracias a su agilidad y a la velocidad de sus patas, pudo escapar sin ser alcanzado por ninguno de los objetos punzantes que le lanzaron los humanos *enfurecidos por el miedo*. El miedo siempre fue mal compañero. A muchos los «obliga» a hacer cosas de las que luego se arrepienten.

¡Uni no entendía nada! ¿Por qué reaccionaban de aquel modo? La abeja había dicho que cuando quisiese amigos debía decirlo sin más, y eso era precisamente lo que había hecho, aunque eso sí: había acompañado su petición con una mentira. ¿Qué fallaba? ¿Por qué le confundían con una bestia maligna si él tan solo pretendía hacer nuevas amistades?

Estuvo varios días escondido en las profundidades del bosque. Pensó en marcharse de allí y desistir de su propósito de averiguar si era en aquel lugar donde vivía el Rey Triste, pero aunque el miedo a los aldeanos armados era poderoso, mucho más lo era la necesidad de obtener respuestas sobre sus orígenes. Así pues, decidió trotar hasta las inmediaciones de la aldea para comprobar qué ambiente se respiraba; deseaba saber si se habían calmado los ánimos y el revuelo.

De pronto sintió sed. A lo lejos vio una especie de abrevadero para animales. Había también un caño del que brotaba agua pura y cristalina. Se acercó a beber, pero algo detuvo sus pasos. Se quedó paralizado. Era la primera vez que le ocurría algo así: ¡su cuerno palpitaba! Parecía que de pronto se hubiese transformado en un gran «corazón» con vida propia.

Lo más curioso era que cuanto más se acercaba al abrevadero, más rápido palpitaba. Entonces supo que aquellas aguas estaban contaminadas, aunque nadie sería capaz, a simple vista, de determinarlo. Aparentemente, corrían limpias, con fuerza; y su olor tampoco era desagradable.

Pero aquel extraño «pálpito» era un aviso, una señal de que el agua constituía un serio peligro para quien la bebiese. Comprobó que cuando se alejaba del abrevadero el pálpito se apagaba y su cuerno volvía a la normalidad. Sin saberlo, había descubierto una de las facetas ocultas de los unicornios: *la sabiduría de lo invisible*. Aún ignoraba el significado de estas palabras, pero lo cierto es que los unicornios poseen capacidades especiales que los diferencian de otros muchos animales conocidos.

De repente, algo lo devolvió a la realidad: unos pasos entre la maleza anunciaban la presencia de alguien más. Decidió esconderse y esperar. Desde su aventajada posición observó la llegada de un padre con su hija; venían a recoger agua con unos cubos.

A pesar de que no los conocía, y sabiendo cómo lo habían tratado los de aquella especie, sintió temor por ellos; especialmente por la niña, a la que intuía inocente y ajena a los asuntos de los adultos.

La lógica dictaba que lo prudente era dejar en manos de los humanos los asuntos de los humanos. Sin embargo, el unicornio no pudo refrenar el deseo de ayudarlos, y —manejado por una fuerza invisible— galopó hasta ellos para golpear el abrevadero con toda la fuerza que fue capaz de esgrimir su cuerno, que era mucha, porque los unicornios desarrollan una energía mágica nunca vista antes en otros seres, humanos o no.

El padre y la niña se quedaron aterrados. Al principio no comprendieron nada y tomaron la acción de Uni como un ataque directo de la *bestia*. Pero cuando comprobaron que el animal tan solo arremetía contra el abrevadero, algo les hizo sospechar que, tal vez, intentaba decirles algo.

Uni no dijo nada porque aún recordaba que sus palabras habían sido interpretadas en la aldea como «truenos». Por eso se limitó a mirarlos con cara suplicante para evitar que bebiesen del caño. Cada vez que el padre se aproximaba al abrevadero, el unicornio se colocaba justo delante impidiéndole el paso.

La niña —que era mucho más perceptiva y abierta de mente— decidió entablar una conversación con el animal. Todo el mundo sabe que *los niños, en esencia, no están sometidos a las reglas de los adultos*, y por tanto, no se sienten extraños al verse hablando con los animales. ¡Cuántos quebraderos de cabeza se ahorrarían las personas mayores si decidiesen imitarlos!

—¿Qué ocurre? —preguntó la pequeña—. ¿Por qué haces eso?

—Porque he descubierto que el agua está contaminada. ¡No debéis beber o moriréis!

—¿Cómo lo sabes? No parece estar mala.

—Pues lo está. Hacedme caso y no bebáis de ella. No es buena —respondió el unicornio.

El padre miraba a su hija extrañado porque no era capaz de entender el lenguaje de los unicornios. Cuando la niña le explicó lo que el animal había dicho sobre el agua, comprendió que la *bestia* era en realidad un animal puro y bondadoso.

Una vez que reparó en su error y quiso agradecerle lo que había hecho por ellos, el animal ya se había esfumado. Temiendo una posible represalia decidió desaparecer de allí cuanto antes. Entonces corrió a la aldea para dar la alarma y pedir a sus convecinos que no tocasen el agua ni hiciesen daño alguno al unicornio porque este, pese a todo lo ocurrido días antes, había demostrado ser un amigo.

El unicornio, temiendo por su integridad física se escondió en lo más profundo del bosque. Durante todo el trayecto le siguió un pequeño mosquito, pero Uni apenas se fijó en él.

Cuando, cansado de trotar, comprobó que nadie lo perseguía excepto el mosquito, se detuvo para descansar. En ese momento, el mosquito le picó en el cuello.

—¡Ay! —gritó Uni—. ¿Por qué haces eso?

—Para llamar tu atención —contestó el mosquito, al que sus amigos llamaban cariñosamente Quito.

—¡No hacía falta que me picaras! ¡Mi atención te pertenece! Ya me dirás en qué puedo ayudarte...

—¡Valiente cobardía la tuya! —exclamó Quito—. ¿No te han enseñado que es de mala educación largarse cuando alguien quiere darte las gracias?

—¿Las gracias? No veo por qué —replicó el unicornio.

—Aquellos humanos querían dártelas, y tú, en vez de atenderlos, te has largado, sin más.

—¿Sin más? ¿Acaso no has visto la vara que llevaba ese humano? Ya quisieron hacerme daño una vez. No estoy dispuesto a que me rompan el cuerno —explicó Uni.

—No iban a hacerte nada malo; por si no lo sabes, *te has convertido en su amigo*. Solo querían agradecerte lo que has hecho por ellos y por su aldea.

—No lo hice esperando recibir nada a cambio...

—Por eso mismo has demostrado ser su amigo, a pesar del trato que te dispensaron cuando visitaste su territorio. *Los verdaderos amigos no hacen las cosas porque esperan recibir algo a cambio, sino porque les sale del corazón*.

—Entonces ¿por qué me recibieron de esa manera si yo no hice nada malo?

—Porque *les asusta lo desconocido y lo extranjero*. Toda cosa que se sale de lo que ellos llaman «norma», escapa de su control y de su modo de entender las cosas; y eso no les gusta. ¡Las personas son así! Lo tengo comprobado. No es que sean malas, simplemente *son víctimas del miedo, porque esa es la educación que han recibido* —contestó el mosquito.

—Pero yo les dije que era K'i-Lin —protestó el unicornio mirando fijamente a Quito—, y nadie me hizo caso.

—Bueno, eso quizá fue porque *no es bueno basar el comienzo de una amistad en una mentira*. ¡Cuántos están solos a causa de sus mentiras! No es conveniente aparentar lo que en realidad no somos. *Si son buenos amigos nos querrán por cómo somos, no por cómo creen que somos* —contestó el mosquito—. No debiste mentir...

—¡De acuerdo! —reconoció Uni—. ¡Obré mal! Pero lo hice porque *temí que no me aceptaran*. Mírame: ¡tengo un cuerno en la cabeza! *Soy diferente a todos ellos*. Aún no he encontrado a nadie que se parezca a mí.

—Y quizá no lo encuentres... —apuntó el mosquito—. Pero ya es hora de que aprendas que *las diferencias no importan; lo único que importa es el fondo: cómo somos por dentro*.

—¡Claro, para ti es fácil hablar así! ¡Como tú no tienes un cuerno en la cabeza!

—¡Qué te crees!, ¿piensas acaso que yo soy bien recibido por los humanos? A ninguno de ellos, que yo tenga conocimiento, le gustamos los mosquitos. ¿Y tú cavilas que me importa?

—No lo sé. ¿Te importa? —preguntó Uni intrigado.

—Al principio, sí; pero con el tiempo te acostumbras. Quizá no les guste a ellos, pero hay otros animales que me aprecian...

—¿Sí? Dime uno...

—Esto... ¡Ejem! Bueno, me has pillado, pero ¿qué más da? Lo único que de verdad importa es que te aceptes a ti mismo. Y hoy has aprendido algo importante:

**Esperar con ansia la aprobación de otros, supone no aprobarse a uno mismo.**

## **Las hienas risueñas**

Hemos de proceder de tal manera que no nos sonrojemos ante nosotros mismos.

BALTASAR GRACIÁN



¡Sí! Decididamente no eran imaginaciones. ¡Su cuerno había crecido!, pensó Uni al ver su reflejo en la charca. Se había detenido en aquel paraje para saciar su sed, momento que aprovechó para echarse un vistazo de cerca. Llevaba varios días pensando en ello, pero solo el reflejo que ahora le devolvía el agua servía para confirmarle lo que ya sospechaba: ¡se estaba haciendo mayor!

En realidad, no solo había crecido su cuerno: también lo habían hecho sus patas, que ahora eran mucho más fuertes; y su cuerpo en general, que presentaba un aspecto más esbelto y armónico. Ya no era aquel unicornio pequeño y desgarbado, de patas quebradizas, que se asustaba con tan solo escuchar el lamento del trueno.

¡Lástima que aún no hubiese encontrado a su madre! ¡Qué orgullosa se sentiría al verlo crecer de ese modo! Lo cierto es que en los últimos tiempos había vagado de un sitio a otro —sin éxito— buscando a los suyos. Tampoco había encontrado rastro de otros unicornios. Pese a ello, no había perdido la esperanza de hallarlos algún día. Aunque empezaba a comprender que quizá jamás diese con ellos, aún se alimentaba de esa esperanza.

Unas risitas a su espalda lo devolvieron a la realidad... ¿Quién se reía de aquella manera tan desenfadada y por qué? Al volverse, descubrió un grupito de jóvenes hienas macho que parecían cuchichear a sus espaldas...

Al advertirse sorprendidos, uno de los jóvenes preguntó en alto:

—¡Vaya, vaya! ¿Qué os parece lo que tenemos aquí? —dijo antes de volver a desternillarse de risa, acción que fue secundada por todos ellos, excepto por uno, que parecía ser el «cabecilla» del grupo—. ¡Basta ya, chicos! —exclamó examinándolo de arriba abajo—. Eres demasiado delgado y demasiado blanco para ser un rinoceronte. ¿Quién o qué diablos eres tú?

Uni, que se había puesto a la defensiva mostrando todo el esplendor de su cuerno, se relajó.

—Un unicornio. ¿No habéis oído hablar de nosotros?

—No frecuentamos mucho la escuela —contestó una de las hienas entre risas.

—Yo sí oí hablar de vosotros —respondió el cabecilla llamado Mali—. Pero creí que los unicornios se habían extinguido hace ya mucho tiempo. ¿De dónde sales tú?

—No lo sé. Solo estoy de paso en esta charca. ¿Sabéis si vive por aquí el Rey Triste? —preguntó el unicornio esperando con ansia una respuesta afirmativa.

—Ni puñet... —comenzó a decir una de las hienas, cuando fue interrumpida por Mali.

—¡Sí! ¡Claro que sí! *Y si te unes a nuestra pandilla, te lo diremos.*

Uni estaba verdaderamente sorprendido. Aquellas hienas no solo eran los primeros seres vivos que conocían el paradero del Rey Triste, sino que además *querían ser sus amigos...* ¡Increíble! No lo dudó.

—¡Lo haré encantado! —respondió el unicornio.

—¡Estupendo, amigo! Dime... ahora que eres uno de los nuestros, ¿harías algo por nosotros?

—¿Por qué no? —dijo Uni, *deseoso de agradar a sus nuevos amigos.*

—¿Qué os parece si jugamos un partido de toga-comba? —preguntó Mali guiñando un ojo al resto de las hienas.

—¡Síííí! ¡Síííí! —gritaron al unísono antes de volver a desternillarse de risa. Aquellos jovencitos se reían por todo.



—Muy bien, unicornio, pues tú que eres más alto que nosotros serás el encargado de traer la pelota. ¿Ves ese nido sobre aquella rama? Pues dale con el cuerno y así podremos comenzar el juego.

—Pero ese nido parece tener dueño —repuso Uni—. Se enfadará mucho cuando vuelva si hacemos eso.

—Seguro que no se enojará, pero *tú verás si quieres o no pertenecer a nuestro grupo*. No todos los días se hacen buenos amigos —respondió Mali.

Uni meditó sus palabras un instante. ¿Cuándo alguien le había ofrecido su amistad sin que fuese él quien tuviese que hacerlo primero? ¿Cuántos le habían aceptado pese a su cuerno brillante?

El unicornio corneó el nido hasta que cayó a tierra, momento que aprovecharon las hienas para abalanzarse sobre él y dar comienzo al toga-comba, juego al que Uni jamás había jugado. A decir verdad, ahora que reparaba en ello, se daba cuenta de que nunca había jugado a nada que requiriese más de un ser viviente; siempre lo hacía todo solo.

En esta oportunidad, intentó conocer las reglas del toga-comba, pero como era novato siempre se le escapaba la improvisada pelota-nido, y las hienas se reían de él a mandíbula batiente. Por eso, decidió dedicarse a observarlas mientras jugaban; así aprendería la mecánica. Total, ahora que tenía nuevos amigos —pensó— seguro que habría muchas ocasiones para jugar al toga-comba y a otros juegos...

La diversión no duró mucho, porque con los golpes, el nido empezó a deslavazarse hasta convertirse en unas pocas ramillas sin orden ni concierto. Entretanto, la dueña del nido hizo su aparición en escena...

—Pero ¿qué habéis hecho, desgraciados? ¿Quién es el responsable de este ultraje? —preguntó la pájara toda airada.

Nadie contestó. Las hienas agacharon la cabeza limitándose a emitir pequeñas risitas. Uni se sintió completamente avergonzado.

—¿Es que no os dais cuenta de que habéis destruido mi hogar por culpa de un capricho? —preguntó de nuevo—. ¿Qué será ahora de nosotros, de mis hijos? Tardaré semanas en construir uno igual.

Las hienas continuaban calladas. Uni se sentía en la obligación moral de decir algo, pero no quiso acusar a sus nuevos amigos; temía que le diesen la espalda, que no quisiesen volver a hablarle por bocazas. A fin de cuentas, el único responsable directo de la caída del nido era él. Y ahora se sentía culpable por su acción.

La pájara empezó a llorar desconsoladamente ante la impotencia de la situación, ciertamente grave para ella, mientras las risas de las hienas se escuchaban cada vez más incontroladas.

Uni no pudo seguir callado por más tiempo y se autoinculpó de todo lo sucedido: admitió su parte de responsabilidad y *también aquella que no le correspondía*; la de sus nuevos amigos, que risueños aguardaron pacientemente a que la pájara le lanzara toda suerte de improperios, sin intervenir para nada, excepto para desternillarse de risa por todo lo que estaba pasando.

Cuando la tormenta finalizó y la pájara se marchó a buscar nuevas ramas para reconstruir su hogar roto, las hienas se acercaron a felicitarlo.

—¿Ves? Tampoco ha sido para tanto —dijeron—. Además, aquella pájara vieja no sabe lo que dice.

—Pues a mí me ha dado pena —contestó Uni—. Ahora tendrá que trabajar muy duro para rehacer lo que habéis destrozado.

—¿Nosotros? —preguntó Mali en tono burlón—. Si mal no recuerdo fuiste tú quien corneó el nido para que cayese al suelo. Tienes suerte de que no seamos unos chivatos y de que nos hayamos quedado callados mientras ella preguntaba por el autor de los hechos.

—Pero...

—Pero nada. *Sabes que digo la verdad.*

En cierto modo la decía; era cierto. Pero las cosas no habían sido exactamente así. A pesar de todo, *no dijo nada por si se enfadaban con él y lo expulsaban del grupo.* Nunca hubiera imaginado que la amistad pudiese ser algo tan engorroso.

Pasó algún tiempo. De vez en cuando, Uni preguntaba a Mali por el paradero del Rey Triste, pero como este siempre parecía posponer la respuesta para otro momento más adecuado, el unicornio empezó a hacerse la idea de establecerse definitivamente en aquellas tierras. Había encontrado amigos, estaba próximo un posible encuentro con los suyos, ¿qué más podía pedir?

Un día, mientras Uni dormía, fue despertado por las risas de sus amigos.

—¡Despierta! ¡Vamos! ¡Hay cosas que hacer!

—¿Qué ocurre? —preguntó el unicornio aún somnoliento.

—Tienes que echarnos una mano —dijo Mali—. Hay unos montículos de arena que afean nuestro territorio de juegos. Hacen que nos tropecemos cuando queremos divertirnos, y por si fuera poco, son antiestéticos.

Uni no tenía ni idea de a qué montículos se referían las hienas. O no los había visto, o no se había fijado.

Ambos fueron hasta la explanada donde solían jugar las hienas. Efectivamente, dispuestos en hileras podían verse unos bultos de tierra. Uni jamás los había observado antes y, por tanto, desconocía qué clase de función cumplían en el paisaje.

—¿Qué son? —preguntó ingenuamente.

—No lo sabemos, pero son feos e incómodos. Nos estorban al pasar. No podemos jugar con tranquilidad sin tropezarnos —contestaron las hienas entre risas—. Seguro que no sirven para nada...

—¿Y qué queréis que haga? —dijo encogiéndose de hombros, aunque deseoso de ayudar a sus amigos.

—Con tu cuerno y tu fuerza puedes derribarlos en un suspiro. En cambio, a nosotros nos llevaría toda una mañana. ¿Lo harás por nosotros? *Si lo haces, te conduciremos a la morada del Rey Triste.* Y mientras los rompes, nosotros nos vamos bajo aquel baobab. Aquí hace demasiado calor...

El grupito, encabezado por Mali, se marchó entre risas para ponerse a resguardo de la fuerza del sol. El unicornio meditó unos segundos la petición antes de actuar. Era cierto; su fuerza le permitía derribar eso y mucho más. Pero, por otra parte, pensó que quizá aquellos montículos debían de tener su cometido. Mientras discurría cuál podía ser, advirtió la presencia de una diminuta hormiga.

—¿Crees que alguien se tomaría tanto trabajo para nada? —preguntó—. Por si no lo sabes, esas protuberancias de tierra son nuestros hogares.

Uni la miró sorprendido.

—¿De veras? —preguntó.

—En tu mano está acabar con ellos. Aunque *si decides destruirlos, te estarás destruyendo un poco a ti mismo*. Esto ya te ha ocurrido antes con el nido-pelota. ¿Recuerdas cómo te sentiste entonces?

—¡*Culpable!* ¡Si hubiese sospechado las consecuencias de mi acción no hubiese corneado aquel nido! Actué mal, pero *si lo hice fue porque solo deseaba agradar a mis amigos*.

—Tu propósito es muy loable. No es malo ayudar al prójimo, sean amigos o simples almas con las que nos encontramos en nuestro camino vital. Sin embargo —dijo la hormiga—, te equivocas si crees que para conservar a los amigos es necesario hacer daño a otros.

—Pero..., ellos me lo pidieron... —se excusó Uni.

—*Ningún amigo de verdad te pedirá que hagas algo que atente contra tu moralidad*. Y ahora..., sopesa quiénes son de verdad tus amigos, y si tú les exigirías a ellos hacer algo que vaya contra sus principios... Te puedes equivocar una vez, pero si lo haces dos, *solo tú serás responsable de las consecuencias*.

El unicornio sopesó las palabras de la hormiga. Pensó también en que quizá una negativa a las hienas lo alejase un poco más de su objetivo final: hallar a los suyos. ¿Cómo un animal tan diminuto podía esconder tanta verdad?

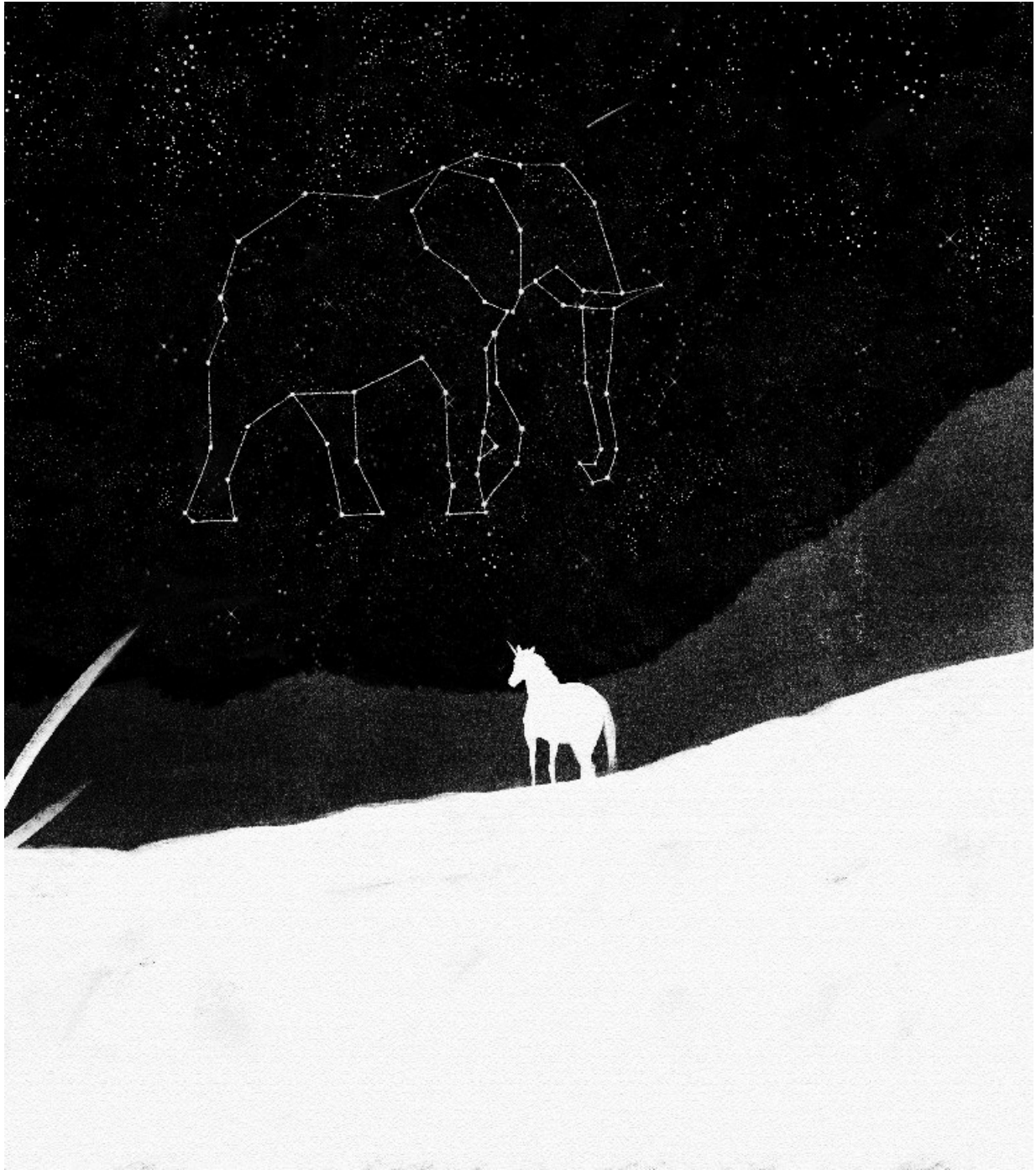
Respiró hondo y comenzó a alejarse despacio de aquella sabana. Solo, de nuevo, pero mirando al horizonte. Él no lo sabía pero, sin duda, habría otros horizontes porque había comprendido que...

**Quien actúa guiado por su corazón, termina encontrando el amor sincero.**

## **El secreto del elefante**

Cuando eres consciente de la muerte, acabas asumiendo tu propia soledad.

ROSA REGÀS



Uni había recorrido muchos kilómetros después del episodio de las hienas. Estaba cansado. Llevaba demasiado tiempo dando tumbos sin un rumbo fijo, sin hallar un lugar en el que establecerse definitivamente.

Un día se encontró con una gran manada de elefantes que parecían preocupados por algún motivo. Daba la impresión de que buscaban algo. El unicornio, tan pendiente como estaba de ellos, olvidó esconder su cuerno —gesto que hacía casi siempre que se cruzaba con algún animal—, animándose a descubrir cuál podía ser la causa de su preocupación.

—¿Qué os ocurre? ¿Puedo ayudaros en algo? —preguntó Uni.

—¡Mi madre ha desaparecido! —contestó uno de los ejemplares más pequeños.

Para su sorpresa, nadie hizo referencia a la *rareza* de su aspecto físico, dato este que hizo al unicornio sentirse bien; *arropado en su presencia*.

—¿Cómo es posible?

—Hoy, al levantarnos, descubrimos su ausencia —respondió el jefe de la manada—. Tú, que eres capaz de galopar como el rayo en una noche de tormenta, si la ves, dile, por favor, que la estamos buscando y que *queremos que regrese junto a nosotros*.

El unicornio se despidió de ellos no sin cierta sensación de impotencia. Lamentaba no poder hacer nada para ayudarlos. Sin embargo, continuó su ruta de incertidumbre, atento a todo cuanto lo rodeaba, siempre con la esperanza de encontrar a los suyos.

Después de recorrer varios kilómetros, ya por la tarde, Uni se detuvo en seco. Unos estremecedores chillidos interrumpieron su actividad. Eran tan ensordecedores, que varios pajarillos de la zona elevaron el vuelo asustados por aquellos terroríficos sonidos. Otros, como los buitres, por el contrario, se aproximaron subyugados por los lamentos. Para ellos, estos eran como la tarjeta de invitación a un gran banquete.

Uni lo pensó dos veces antes de acercarse a la fuente emisora de los gritos. ¿Y si la criatura que producía esos terribles alaridos decidía arremeter contra él? A juzgar por la potencia de sus pulmones, debía de tratarse de un animal de gran tamaño. Aun con todo, decidió arriesgarse porque aquel ser que bramaba, sin duda, sufría y mucho.

Se aproximó con precaución a la zona. Se trataba de un enorme lodazal habitualmente frecuentado por flamencos, aunque en aquellos momentos no se veía a ninguno por los alrededores. Todos habían salido despavoridos a causa de los gritos.

A medida que se acercaba, los chillidos se hacían más y más lastimeros. La razón dictaba taparse los oídos para no tener que pasar por el trago de escucharlos. Pese a ello, el unicornio no lo hizo, porque no por hacerlo iban a desaparecer. «*No querer ver lo que hay frente a nosotros supone no afrontar el problema*», se dijo a sí mismo.

Pronto descubrió al emisor de tanto dolor: era una enorme y vieja elefanta. Estaba tumbada en el lodazal, sola y con cara de desconsuelo. Enseguida recordó lo que le había dicho la manada que vio kilómetros atrás. ¿Sería esta la elefanta extraviada?

—¿Qué te sucede? ¿Por qué estás aquí sola? ¿Por qué te lamentas?

—¡Estoy esperando a la nada! —respondió afligida.

—¿Cómo? ¿Por qué dices eso? —preguntó el unicornio alarmado.

Uni no entendía nada. ¿Por qué estaba convencida de algo tan horrible?

—Soy demasiado mayor —respondió ella—. Mis dientes están gastados y enfermos. Ya no puedo comer; el dolor es demasiado insoportable... ¡Moriré de hambre!

—Yo puedo traerte comida blanda si me dices cuáles son tus gustos —repuso el unicornio en actitud animosa.

—¡Nadie puede ya hacer nada por mí! ¡Estoy atrapada en el fango! Mis fuerzas ya no me responden.

—¡No pierdas la entereza! Si estás débil, entre todos podemos sacarte de aquí. He visto a tu manada esta mañana. Te echan de menos, y no están muy lejos. ¿Voy a buscarlos?

—¡No! ¡Ni se te ocurra! No quiero ser una carga para los míos. Por eso me marché por la noche, a hurtadillas. No quería arrastrarlos a todos a buscar el fango que aliviase el dolor que generan mis dientes.

—Pero ellos también *sienten dolor por ti*. ¡No los prives de tu compañía! —exclamó el unicornio.

—Mi presencia solo sería un motivo de preocupación para la manada. Retrasaría su normal funcionamiento, y finalmente tendrían que presenciar un desenlace que pronto se producirá —argumentó la vieja elefanta.

—¿Y tu pequeño? ¿No has pensado en él?

—Bien sabe la diosa naturaleza que lo hago más por él que por nadie —contestó apenada.

—No entiendo. Yo lo he visto esta mañana. Lloraba desconsolado. Te creen extraviada...

—Mejor así. Si me hubiese quedado con ellos él tendría que ver cómo la nada me lleva con ella. Y conociendo nuestra naturaleza, sé que se quedaría junto a mi cadáver abandonando al resto de los elefantes. Él mismo no habría tardado en ser pasto de los buitres —explicó la vieja matriarca.

—Debe de haber algo que se pueda hacer por ti...

—No hay nada que hacer, créeme. Es el secreto de los elefantes. A todos nos ocurre lo mismo: cuando sentimos la llamada de la nada, nos apartamos del resto; es la mejor manera de superar este tránsito infligiendo el menor dolor posible a los que se quedan.

—¿Y todos obráis igual?

—Sí. Mi madre hizo lo mismo cuando se sintió mal. Yo no lo entendí entonces; también creí que se había extraviado. Pero ahora que llega «mi momento», comprendo por qué lo hizo. *Quiso ahorrarme el temor a lo desconocido*.

El unicornio no dijo nada; a fin de cuentas era su vida. Él no podía obligarla a hacer algo en contra de su voluntad; y alertar a la manada sin su consentimiento, hubiese sido como ejercer una gran traición sobre ella, ahora que estaba más indefensa.

Se limitó a sentarse a su lado, a hacerle compañía y a espantar a los buitres cuando intentaban acercarse más de lo aconsejable. *No pensaba dejarla sola en los momentos finales*. Como pudo, ayudándose con su cuerno, reunió algunas ramas para colocarlas sobre su voluminoso cuerpo; así, el sol se cebaría menos en su piel.

—¿Qué haces todavía aquí, joven unicornio? —preguntó sorprendida al verlo aparecer con las ramas en la boca.

—No pienso dejarte sola —contestó él.

—Ya te dije que no puedes hacer nada por mí... Ojalá fuese de otra manera, pero así es la ley de la vida.

—Puede que sea vuestra ley; una ley que rige para los elefantes, pero no así para los unicornios.

—Tenía entendido que los de tu especie erais seres solitarios por definición... —dijo ella, olvidándose por un rato de sus terribles dolores.

—A decir verdad —contestó Uni—, no lo sé. Aún no he conocido a otros unicornios. Desde que desperté del sueño de la Madre Eterna estoy buscando a los míos. Pero no he tenido demasiada suerte...

—No sé cuál es el motivo, pero no sois muchos. Yo nunca vi un unicornio antes de conocerte a ti, y tengo más de sesenta años. Se oyen cosas sobre vosotros; muchas leyendas que os atribuyen poderes mágicos, pero apuesto a que eres el único que habita estos contornos —explicó la elefanta.

—¿De veras? Solo estoy de paso. En realidad, busco los dominios del Rey Triste, que es donde cabe la esperanza de que habite mi madre.

—¿Te sientes solo? —preguntó ella.

—Un poco. Por eso mismo quisiera hacer algo por ti. No me gusta verte tan sola, sin los tuyos. Puedo entender cómo es la lucha que estás atravesando.

—¡Ya lo estás haciendo al guardar mi secreto! Fíjate, muchacho, al menos yo tengo el consuelo de saber que los elefantes podemos elegir el modo en que queremos marcharnos de aquí...

—¿A qué te refieres?

—Quizá eres demasiado joven para entenderlo y es posible que nunca hayas visto a un ser humano... —dijo la elefanta—. Pero ellos tienen otra forma de actuar frente a la vejez y a la nada. Desde luego no todos son así, pero muchos abandonan a sus progenitores cuando estos son más viejos y se vuelven más vulnerables. Y no solo eso, la mayoría desecha sus conocimientos de la vida. Se los aparta como si fuesen excrementos de mofeta.

—¿Y por qué proceden de esa manera tan extraña? —preguntó Uni con gesto de no comprender nada.

—¡Quién sabe! Supongo que sienten miedo de la nada y de sus síntomas: la vejez es uno de ellos; la enfermedad, otro.

Uni advirtió que mientras conversaban la elefanta parecía más tranquila, aunque también notó por el timbre de voz que se estaba debilitando más y más. Todo indicaba que no tardaría en producirse el desenlace.

—¿Sabes cómo es...? —preguntó el alevín de unicornio.

—¿La nada?

—Sí.

—A ciencia cierta nadie lo sabe... Solo aquellos que caen bajo su tutela conocen estos entresijos. A nosotros, los animales, al menos se nos enseña cómo asimilar sus enseñanzas. El problema de los humanos es que no se les instruye para que vean a la nada como algo próximo —explicó la vieja elefanta.

—¿Cómo es posible?



—Eso es porque la temen tanto que prefieren ignorar su existencia. Los animales, desde que recibimos el primer rayo del padre sol, *sabemos que estamos en la selva de paso, que todo puede acabar en un instante*. Esto, no solo nos mantiene más despiertos ante los acontecimientos que nos trae la vida, sino que *nos ayuda a disfrutar de nuestro paso por la gran sabana* como un humano jamás soñaría poder hacer...

Uni la escuchaba con atención.

—Por eso, joven unicornio, pienso que estar solo no es tan terrible como crees. Aunque a veces parezca lo contrario, *la soledad está en uno mismo, no en las cosas que nos rodean*. Pero si empiezas a darte cuenta de que esta también forma parte del proceso de la vida y comprendes que todos, alguna vez, también nos sentimos solos, aprenderás a valorarla como lo que es: un estado que sirve para asimilar los procesos vitales. Cuando entiendas esto, comprenderás que la soledad, a veces, es necesaria porque ayuda a que pongamos los pies sobre la tierra que pisamos.

—¿Quieres decir que gracias a ella aprendemos a valorar mejor los momentos dulces de la existencia?

—Eso es —dijo empezando a perder fuerzas—. Y además, nos ayuda a no subirnos a una nube porque *somos conscientes del dolor ajeno*. Veo que eres un joven muy avisado.

No quedaba mucho para la llegada de la nada; y la matriarca lo sabía. El unicornio no parecía dispuesto a dejarla sola. Se había tumbado a su lado, y se dedicaba a vigilar para que no se acercasen los animales de rapiña, que como si de un extraño cortejo se tratase, se hallaban apostados en los árboles o escondidos tras los matorrales esperando que aconteciese lo anunciado.

Sabiendo que quizá aquellas serían sus últimas palabras, quiso ahorrarle el trago al joven unicornio, por lo que ideó una excusa para hacerle marchar de su lado.

—Me hacen falta algunas ramas más para cubrir mi cuerpo. ¿Serías tan amable de traérmelas? En esos matorrales hay muchas que parecen buenas...

—¡Claro! —dijo Uni abandonando su posición de vigilancia.

Se alejó lo preciso para cumplir con su petición. Cortó las ramas que le parecieron mejores y las apiló con su cuerno para introducirlas después en la boca. Cuando regresó junto a la vieja elefanta, su esencia ya no estaba allí. La nada, fiel a su ciclo, se la había llevado a un lugar desconocido para el unicornio.

Sin embargo, Uni aprendió aquel día cosas importantes. Fue consciente de que...

**Cuando descubrimos cómo estar solos con nosotros mismos, la soledad se convierte en una amiga.**

# **El lenguaje de los árboles**

La suprema facultad del hombre no es la razón, sino la imaginación.

EDMUNDO O'GORMAN



Tras recorrer muchos, muchísimos kilómetros, Uni llegó a un lugar majestuoso en el que los árboles eran los dueños y señores del paisaje. Había tantos y tan diferentes que sintió cierto respeto al penetrar en aquellas espesuras. La luz se hizo mucho más tenue; las copas de los árboles pugnaban por alcanzar el cielo impidiendo que la claridad se filtrase como a Uni le hubiese gustado.

Los había de todas clases: desde los más pequeños y enclenques hasta los más vetustos, de grueso tronco y frondosas ramas. Cuanto más se introducía en ese lugar, más sobrecogido se sentía.

Llevaba ya tres días vagando por la espesura de aquellos parajes y no veía la hora de salir de ellos. A veces, cuando hacía altos para beber o dormir, tenía la impresión de que alguien vigilaba sus pasos, de que alguien espiaba sus movimientos. Pronto empezó a sentirse incómodo. No dormía tranquilo y tan solo ansiaba salir de ese lugar. Aunque los árboles eran diferentes, el paisaje se le antojaba monótono y aburrido. Le hacía sentir un poco más solo que de costumbre. No había hecho más que pensar en ello cuando escuchó «algo».

—¿Qué te inquieta, joven unicornio? —preguntó una voz que denotaba profundidad y sabiduría.

Uni miró en todas direcciones, pero no vio a nadie capaz de emitir aquella voz tan profunda y especial.

—Sorprendido, ¿verdad? —preguntó otra voz, en este caso, femenina, pero no menos impresionante que la anterior.

—¿Quién habla? ¿Dónde os habéis metido, que no puedo veros?

—¿Nosotros? —respondió un coro de voces al unísono—. ¡Estamos aquí, a tu alrededor!

—¿Dónde? ¡Yo no veo a nadie!

De pronto se hizo el silencio. Las voces enmudecieron. Solo se escuchaba el rumor del viento y el sonido de las hojas de los árboles arrastrándose por el suelo. El unicornio, cada vez más inquieto, se atrevió a preguntar de nuevo.

—¿Dónde estáis?

Fueran quienes fueren habían conseguido hacerle sentir verdaderamente incómodo. Era como si pudiesen escucharlo. Todos los árboles del bosque agitaron sus copas al mismo tiempo produciendo un sonido estremecedor.

—¿Nos ves ahora? —inquirió Eru, un viejo roble cercano a su posición.

—Ahora sí.

—No pretendemos hacerte daño; todo lo contrario. ¿Qué te inquieta, joven unicornio? —preguntó nuevamente.

—Muchas cosas. ¿Quién no tiene problemas? —inquirió Uni—. En mi caso, temo *ver transcurrir mi vida en soledad*, no llegar a encontrar nunca a los míos por no saber hallar el camino que conduce hacia el reino del Rey Triste...

—¿Por qué estás tan seguro de que no darás con él?

—Porque, hasta el momento, nadie ha sido capaz de indicarme dónde se encuentra —respondió el unicornio convencido.

—¿Y si la respuesta que buscas no dependiera de nadie, excepto de ti mismo?

—Es que yo no sé dónde está; si lo supiese... —protestó sin mucha convicción.

—Tal vez no has buscado en la dirección adecuada. Todo está escrito. Solo *hay que conocer el lenguaje preciso para poder descifrarlo.*

—¿Qué lenguaje es ese y cómo puede descifrarse? —inquirió extrañado ante esta nueva revelación.

—El de los árboles. Solo es necesario tener paciencia para aprender a leerlo. Está al alcance de todos.

—¿Es difícil? —preguntó Uni.

—Al principio puede parecerlo, pero con un poco de esfuerzo se vuelve muy entretenido —respondió Eru.

Uni sopesó lo que acababa de decir el roble. No tenía nada que perder. *Aun cuando creemos no poseer nada, siempre tenemos algo, aunque en esos momentos resulte invisible a nuestros ojos.* Todavía así, si pensamos que no tenemos nada, nada perderemos por intentar algo nuevo.

—¿Me enseñaríais el lenguaje de los árboles?

—¡Claro! Entre todos te ayudaremos a aprenderlo, pero al principio no será sencillo; tendrás que pasar cierto tiempo entre nosotros.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó el unicornio.

—El que haga falta —fue la enigmática respuesta de la comunidad de los árboles.

Efectivamente, su lenguaje requería *prestar atención a todas las señales que se nos presentan en nuestro camino.* Uni descubrió que, a veces, cuando no estamos estresados, cuando no vivimos obsesionados por una idea y nos dejamos hacer, surge la creatividad y *somos capaces de ver y leer las señales que nos envía la vida.*

El joven unicornio descubrió que eran muchas las clases de señales y que el lenguaje de los árboles tan solo era un código más de los muchos que podían cruzarse en nuestro devenir.

Eru y el resto de la comunidad arbórea le explicaron que todo lo que ocurre en alguna parte del mundo afecta a los árboles y a la naturaleza en general, porque estos sucesos dejan pequeñas o grandes muescas —según los casos— que pueden ser leídas e interpretadas con un poco de pericia. Para hacer más gráfica su lección, puso el ejemplo de los humanos: «Porque esto es justamente lo que les ocurre a ellos», señaló.

Todas sus vivencias del pasado, las situaciones que se han producido en la infancia y en la pubertad moldean sus caracteres, provocando que el presente quede condicionado a *lo que los ha marcado*; a veces, si las marcas son demasiado intensas también condicionan su futuro... Cambiarlo depende de ellos.

Esto ocurre porque si las experiencias son muy dolorosas dejan en los humanos —al igual que en los árboles— sus particulares muescas, que no siempre se observan a simple vista, pero que sí se tornan apreciables en su trato diario en todo lo concerniente al terreno de las emociones y los sentimientos que experimentan.

—Son las *heridas del alma* —explicó—. Pero *hace falta estar despiertos para saber fijarse en esas muescas y trazas.*

Así pues, el joven unicornio se entregó por completo a la nueva tarea de descubrir *las señales del alma colectiva.* Pero aunque su intención era buena, al principio de su labor, no era capaz de ir más allá de lo puramente superficial. No entendía nada. Desde luego, veía las muescas

que le señalaban los árboles; sin embargo, era incapaz de comprender su más profundo significado. «Quizá soy *torpe*», se dijo.

—En absoluto —repuso Eru adentrándose en sus pensamientos—. Ya sabes y conoces, por la historia de K'i-Lin, que eso no es cierto. *Nadie nace sabiendo*. Hay que tener paciencia. Te aseguro que no te arrepentirás.

—Sí, lo sé. Pero...

El anciano roble interrumpió al joven unicornio.

—¿Ves? ¿No querías un ejemplo de las heridas del alma? Pues aquí tienes uno bueno: Ese *pero* manifiesta que *tus pensamientos aún están marcados por tus viejas resistencias*. Estas son las que te imposibilitan desarrollar la confianza en ti mismo. Las experiencias que has vivido de pequeño te condicionan impidiéndote manifestarte como en realidad eres.

Eru tenía razón. No había que desanimarse. Y, a pesar de que en muchas ocasiones tuvo ganas de abandonar su aprendizaje, no se permitió a sí mismo privarse de conocer las claves del lenguaje que podría ayudarlo a entender mejor el mundo que lo rodeaba y el suyo propio.

Después de varios meses, todas aquellas «marcas» y «trazas» sin aparente sentido comenzaron a cobrar vida; empezaron a mostrarle lo que hasta entonces había estado oculto. Se dejó fascinar por todas aquellas historias escritas durante siglos en los árboles.

Al principio descubrió cosas sobre la propia naturaleza, sobre los seres que la pueblan y sobre aspectos concretos de los mismos árboles. Pasó ratos imborrables hasta el punto de que olvidó su principal cometido. Consiguió abstraerse tanto con la lectura, con los personajes descritos en aquellos códigos que el tiempo se le pasó como un suspiro. Y eso, teniendo en cuenta que no halló nada relativo a «unicornios» o al paradero del reino del Rey Triste.

Un día, Uni estaba leyendo la historia de un flautista que conseguía alejar una plaga de ratas que asolaba una ciudad con tan solo la potencia de sus pulmones. Realmente era una historia de superación personal. Una explicación en forma de cuento que narraba *cómo era posible activar los mecanismos necesarios para utilizar todos nuestros talentos*, incluso aquellos que creemos no poseer.

Eru observaba al unicornio con satisfacción. Lo veía sonreír e incluso soltar carcajadas despreocupado, entregado a la magia del nuevo lenguaje que estaba aprendiendo.

—¿Has encontrado ya la información que buscabas? —preguntó el roble.

—No. Pero hay tiempo para ello, ¿verdad?

—Claro, siempre hay tiempo para aprender. Todo depende de la prisa que tengas.

—¿Cuánto llevo en este bosque? —quiso saber el unicornio.

—Algo más de un año...

—¿Tanto? —se sorprendió.

—Sí; tanto o tan poco, según se mire...

—Tenía la impresión de que solo habían pasado unas pocas semanas. ¿Por qué será?

—Quizá sea porque lo has pasado bien; porque has aprendido que aun estando solo, existen maneras muy eficaces de entretenerse aprendiendo. *Lo has pasado tan bien que casi olvidas el problema que te motivó para conocer nuestro lenguaje*. Y eso es bueno. Por eso, ahora puedo contestar la pregunta que me formulaste hace un año: tu aprendizaje con nosotros ha concluido.

—Entonces ¿debo marcharme ya? —inquirió Uni.

—Solo si esperas encontrar lo que deseas. Ya es hora de que empieces tu búsqueda interior. ¿Ves aquel gran y frondoso árbol a lo lejos? En él está reflejada la información que necesitas para llegar hasta el reino del Rey Triste.

El unicornio dio las gracias antes de trotar hasta el lugar indicado. Al llegar, se dispuso a leer las marcas de aquel nuevo árbol por descubrir. Efectivamente, estas hablaban de la historia de un unicornio que fue capturado por un rey que habitaba en un lejano reino, que deseaba recuperar el cariño de su hija.

La historia decía que el unicornio era hembra, y que había parido una cría poco antes de ser capturada, y que si esta deseaba reunirse con su madre tendría que llegar primero hasta la morada del hechicero. Él era la única persona que podía ayudarlo a encontrar el reino.

Estaba claro, pues, que su principal objetivo debía ser buscar la morada del hechicero, pues la visita a este lugar era parte del aprendizaje que debía seguir antes de enfrentarse al Rey Triste.

Uni buscó a Eru.

—Ya sé cuál es el próximo lugar al que debo dirigirme. Quiero agradeceros vuestra ayuda. Gracias por haberme enseñado a leer el lenguaje de los árboles.

—Gracias a ti por interesarte en nuestro lenguaje. *Cuanto más seres aprendan a leer las señales del alma, menores serán sus conflictos internos* —respondió satisfecho el viejo árbol.

Antes de partir, los árboles le indicaron la dirección que debía tomar para alcanzar la morada del hechicero. Uni se alejó del bosque satisfecho porque sabía que durante el tiempo que estuvo en él había aprendido algo que ya no olvidaría:

**Nuestras vivencias nos modelan...  
Lo que vivimos nos condiciona.**

## **La morada del hechicero**

Lo más difícil de aprender en la vida es qué puente hay que cruzar y qué puente hay que quemar.

DAVID RUSSELL





—Sí —dijo el cervatillo un poco extrañado—. Efectivamente, vas en la dirección correcta para llegar a la morada del hechicero. Pero ¿en verdad estás seguro de querer ir allí?

—Sí. Lo estoy. ¿Por qué lo preguntas? —inquirió Uni.

—No sé... Nadie parece querer acercarse a ese lugar.

—¿Por qué no?

—Para empezar, el hechicero no solo es un humano, lo cual ya de por sí es un argumento de peso..., sino que encima, por si eso fuese poco, muchos afirman que hace cosas raras...

—¿Qué clase de cosas?

—No sabría decirte. Nunca estuve allí, ni quiero saberlo, la verdad. No tengo intención de ir para comprobarlo.

—Entonces ¿cómo sabes que hace «cosas raras»? —preguntó el unicornio en buena lógica.

—Eso es lo que se oye en el bosque...

Por una vez, el unicornio fue capaz de discernir lo que era un *prejuicio* de una *opinión*. Aquel cervatillo estaba juzgando al hechicero ¡y eso que ni siquiera lo conocía! Uni decidió no hacerle caso. Se limitó a seguir por el camino indicado.

Poco a poco se fue haciendo de noche. La morada del hechicero no era fácil de localizar. Sin embargo, pasado un buen rato desde que se cruzara con el cervatillo, creyó distinguir entre la oscuridad del bosque una luz tenue. Para entonces, ya se sentía completamente agotado por el viaje. Llevaba varias semanas buscando al hechicero, y aquella luz lo llenó de esperanza...

Pero ¿sería bien recibido? ¿Y si después de toda aquella caminata el hechicero en cuestión no quería saber nada de él? Determinó que solo podría saberlo si intentaba acercarse; quiso salir de dudas evitando nuevamente los prejuicios.

Se aproximó despacio hasta la pequeña luminiscencia que —al ir acercándose— comprobó que provenía de una pequeña y humilde cabaña de madera. Estaba cerrada, así que intentó llamar a la puerta dando pequeños golpes con su cuerno.

La respuesta no se hizo esperar; enseguida fue recibido por un hombre de edad indefinida. Podía tener trescientos u ochenta años; aunque tal vez, la barba blanca que lucía le hacía parecer mayor y no tenía más de cincuenta. ¡Era difícil saberlo!

Si alguien le había advertido de la llegada del unicornio, lo disimuló a la perfección. Nada en él parecía indicar que supiese que un joven unicornio, venido de tierras muy lejanas, iba a presentarse en su morada aquella noche para pedirle ayuda.

Tras llamar a la puerta *agachó la cabeza* —como solía hacer— *para intentar ocultar su cuerno*. Hacía esto desde que fuera confundido con una bestia en la aldea sedienta. Su iniciativa no tuvo mucho éxito. El hechicero, llamado Malvack, se dio cuenta, pero evitó decir nada.

—Aunque mi morada es pequeña, seguro que hay sitio para los dos —explicó sin inmutarse.

Uni estaba hambriento, pero *por miedo a resultar un estorbo*, no dijo nada. Malvack también se dio cuenta de esto porque al unicornio le sonaban las tripas.

—Pareces cansado y hambriento... Soy pobre y solo dispongo de sopa, pero si gustas, tan tuya es como mía —dijo acercándole un cuenco con el preciado líquido.

Uni sorbió la sopa con avidez intentando no manchar el suelo. Nunca había probado nada parecido, y mucho menos algo caliente, pero aunque no era lo que solía comer habitualmente, le supo a gloria.

—Es tarde —afirmó el hechicero—. Descansemos ahora. Mañana hablaremos —dijo al tiempo que apagaba las velas que iluminaban la cabaña. A partir de entonces, solo quedó visible el cuerno brillante del animal y el fuego proveniente de la chimenea.

Malvack se metió en su cama arropándose con una manta bastante raída; antes indicó al unicornio que podía echarse sobre una vieja estera que había cerca del fuego.

Uni descansó tranquilo. Pese a que Malvack era un humano no sintió temor hacia él. Todo lo contrario: el hechicero le transmitía paz. Y eso que, en alguna parte del bosque, había leído que los unicornios nunca han sido amigos de los humanos y viceversa. La tradición refería que estos animales tan solo se dejan acariciar —ocasionalmente— por una joven virgen.

Puede que fuese cierto, pero como no conocía a otros de su misma especie, no podía averiguar el porqué de ese razonamiento. Quizá —dedujo— *esos unicornios jamás se habían sentido solos*. Acaso si hubiesen vivido en completa soledad pensarían de otra manera... Uni solo sabía que Malvack parecía destilar bondad y que se sentía a gusto a su lado.

## La resina elástica

El día empezaba temprano para el hechicero; estaba claro que era un hombre trabajador. Atendía su huerta, sus animales, y buscaba plantas y hierbas con fines que a Uni se le escapaban. Lo cierto es que Malvack no pareció hacer excesivo caso al recién llegado. De hecho, este intentó hablarle varias veces y el hechicero apenas lo miró; ni siquiera le dirigió la palabra.

—Estoy buscando el reino del Rey Triste. ¿Sabes dónde está? —expuso al fin claramente.

—¡Claro! —respondió Malvack—. ¿Ves esa tira de resina que resbala de aquel árbol?

El unicornio miró hacia donde el hechicero le indicaba. Efectivamente, una gran cantidad de resina había brotado de un árbol y como si fuese una cinta elástica resbalaba por su corteza. Pero ¿qué tenía que ver aquello con el palacio del Rey Triste?, se preguntó.

—Sí. La veo.

—Pues, tira de ella hasta que consigas romperla —ordenó el hechicero—. Después regresa aquí nuevamente y seguiremos hablando.

—¿Por qué? —preguntó Uni.

—¿Y por qué no? —replicó Malvack.

Total —pensó Uni— no parecía difícil romper aquella resina elástica. *Solo era cuestión de tirar con fuerza hasta vencerla*. El unicornio se acercó al árbol y ayudándose de sus dientes comenzó a tirar de ella. Al principio le pareció muy sencillo; bastaba con tirar... Sin embargo, pasado un buen rato, el sudor empezó a impregnar su cuerpo. A decir verdad, no había sudado tanto desde que era cachorro, y de aquello habían pasado ya muchos años.

El hechicero, que le observaba desde la lejanía mientras trabajaba en el huerto, dijo en tono burlón:

—Parecía más fácil antes de empezar, ¿verdad?

El unicornio no contestó; *estaba demasiado atareado tratando de vencer la resistencia* que presentaba la resina.

—*Esto es lo que sucede cuando dejamos de resolver las heridas del alma* —gritó desde la otra punta Malvack—. Se adueñan de nosotros en forma de resistencias, o lo que es lo mismo: de excusas. Creemos que dejamos de hacer o de decir cosas importantes porque no lo deseamos, pero realmente no lo hacemos porque no sabemos cómo afrontar esas situaciones que se nos presentan en la vida y para colmo, tememos el efecto que todo ello pueda tener en los demás.

Uni no comprendía nada. ¿Qué tenían que ver las heridas del alma con la *resistencia* que presentaba la resina al tirar de ella? A pesar de sus pensamientos no dijo nada y siguió tirando de aquella tenaz goma que cada vez se hacía más y más larga, aunque también más fina.

Trató de vencer la resistencia buena parte de la mañana. Tenía sed, pero *temía soltar la tira de resina por si esta recobraba su forma original y se hacía nuevamente fuerte acabando con el terreno que había ganado*.

Para entonces, el hechicero había finalizado su trabajo en el huerto y descansaba plácidamente en una silla a la sombra de un árbol.

—¡Podías ayudar...! —masculló el unicornio.

—Podría y puedo. Pero no debo inmiscuirme... —dijo esbozando una sonrisa—. Todos tenemos nuestros «deberes» por completar.

El unicornio se quedó callado. Se limitó a dirigirle una mirada furibunda. ¿Por qué no podía echarle una mano? A fin de cuentas, había sido él quien le había pedido ayuda para romper aquella resina. No obstante, a pesar de la negativa del hechicero, Uni *continuó haciendo aquel trabajo en solitario*. Una vez que había empezado, ya era una cuestión de confianza en sí mismo. No sabía si ganaría algo con ello, o ni tan siquiera si conseguiría hacerlo, pero continuó con sus «deberes».

De pronto, descubrió algo... ¿Y si en vez de tirar de la resina con los dientes, la enrollaba en su cuerno? Este era fuerte y podría aguantar aquel peso. Así lo hizo; probó su nueva estrategia y descubrió que *aplicando la razón era mucho más fácil vencer la resistencia*.

Tiró tanto que se fue haciendo más y más fina hasta perder su fuerza, de tal modo que finalmente *acabó de ceder por completo* partiéndose en dos insignificantes trozos. ¡Lo había logrado! Después de todo, no había sido tan complicado...

—¡Perfecto! —exclamó Malvack—. ¿Ves como no se tarda tanto en aprender a vencer las excusas de las que nos servimos para evitar romper con lo que nos hace daño?

—No entiendo... ¿Para qué me has pedido que hiciese esto?

—Es una manera práctica de aprender a *vencer las resistencias que se oponen a que sanes tus heridas del alma*. Las tienes desde que eres pequeño; desde que descubriste que alguien te había arrebatado a tu familia, y con ella, la posibilidad de ser feliz.

—No fue «alguien» sin más, no fue «alguien» sin rostro conocido... ¡Fue el Rey Triste! Y algún día deberá pagar por lo que me hizo —dijo Uni lleno de *rabia y rencor*.

Nunca nadie había visto así de enfurecido al unicornio. Lo único que solía mostrar a los demás era su faceta amable; quizá esto era así *porque tenía miedo a quedarse solo*. Se reprimía para no abrumar a los demás con sus problemas, porque *pensaba que pedir ayuda era un síntoma de debilidad*, y que nadie quería a los débiles.

—¿Y por eso lo buscas?, ¿para darle su merecido?

—Por supuesto. ¡Así es! ¡Alguien debería haberlo hecho ya!

—¿Estás seguro de que nadie lo ha hecho? —preguntó el hechicero sin esperar respuesta—. Aunque no fuese así, te contaré algo que tal vez no te guste escuchar: aun cuando le hayas dado lo que efectivamente merece, *no podrás ser feliz si no aprendes a perdonarlo* y, lo que es más importante, *a perdonarte a ti mismo*. Apuesto a que *te culpas por lo sucedido*...

—No me culpo; es que *tengo la culpa de lo que ocurrió* —asintió el unicornio cabizbajo—. Si no hubiese nacido, mi padre seguiría vivo y mi madre no habría sido capturada por el Rey Triste.

—Aunque fueses el responsable de eso, cosa que no es cierta, *te equivocas al reprocharte día a día algo que pasó hace años*. Con tu actitud, *tú mismo te estás arrancando la posibilidad de ser feliz*.

La mirada de Uni mudó. ¡Esto era el colmo! No imaginaba que alguien pudiese decirle todas aquellas horribles cosas. Pese a todo, no pudo impedir que el hechicero prosiguiese con su argumentación:

—A ese tipo de excusas me refería antes. *Te aferras a lo sucedido sin mirar el momento presente*, sin darte cuenta de que el tiempo pasa y que cada segundo que pierdes en recordar lo mal que te ha tratado la vida, cada instante que desaprovechas en lamentarte por lo solo que te encuentras, te restas una oportunidad de modificar lo que te hace daño. ¿No te das cuenta de que te has embarcado en un viaje frenético y que este te impide echar raíces en lugar alguno? ¿Cómo podrás vencer la soledad si no das una oportunidad a los demás para que te conozcan? Hoy has aprendido la manera de vencer las resistencias que se oponen a tu cambio. ¡Abandona ya las excusas!

¡Aquello era demasiado! Uni se marchó para no tener que seguir escuchando las palabras del hechicero. Estas lo herían porque en ocasiones no queremos escuchar o ver la verdad, aunque la tengamos frente a nosotros.

Malvack no hizo nada por retenerlo. Por el contrario, esperó pacientemente a que el unicornio regresase. Estaba seguro de que lo haría tarde o temprano... Lo sabía porque la verdad siempre actúa como un espejo al que hay que acabar mirándose.

El unicornio cabalgó hasta internarse en un extraño paraje en el que había una gran cascada. No quería saber nada del hechicero. No deseaba saber nada de nadie. Maldijo la hora en que había hecho caso a Eru y al resto de la comunidad arbórea.

¿Quién era Malvack para hurgar así en sus heridas de la infancia? ¿Es que la categoría de «hechicero» otorgaba bula para hacerle daño? Pues ¡que se fueran al cuerno Malvack y todos los hechiceros del planeta! Ya encontraría él solo, *sin la ayuda de nadie*, el camino hasta el reino; y cuando lo hiciese, le daría su merecido al malvado Rey Triste, quien había destrozado todos sus sueños desde pequeño, desde antes de tener la opción de formularlos.

¡Él era muy fuerte! Y se bastaba y se sobraba para solucionar sus problemas sin ayuda de terceros que viniesen a entrometerse en su vida. ¡Quién necesitaba la ayuda de Malvack!

El unicornio estaba realmente enfurecido; por fin, después de mucho tiempo, había conseguido sacar a flote toda la *rabia*, el *rencor* y la *ira* que tenía acumulados en su interior. Curiosamente, unas pocas palabras habían sido suficientes para dejar de reprimir las emociones que tan celosamente ocultaba.

Tanto fue así, que viendo una pared de roca cercana a la cascada, sin pensarlo dos veces, tomó carrerilla y se dirigió a toda velocidad contra ella, embistiéndola con toda la fuerza que poseía su cuerno. Se hizo mucho daño; aunque su cuerno era duro, esta vez casi consigue dejárselo en aquellas rocas.

Nada más recibir el golpe apreció su error. Como si el dolor poseyera la virtud de hacerle entrar en razón, este le advirtió de que su actitud ante el hechicero no era más que el producto de los últimos coletazos de sus viejas resistencias. De pronto, entendió lo que Malvack había querido decirle sobre la resina, las resistencias y *el miedo al cambio*. Golpear aquella pared, más que un gesto de rabia hacia el Rey Triste, lo era de odio hacia sí mismo. Era una forma inconsciente de hacerse daño, de castigarse por lo que él consideraba *su culpa*.

Pero lo cierto era que sí necesitaba la ayuda del hechicero y sí precisaba también —aunque le costase admitir que era un ser vulnerable— la ayuda que otros seres pudieran donarle desinteresadamente.

Llevaba mucho tiempo sintiéndose perdido. Era cierto que se había fijado un objetivo, casi obsesivo. Una meta que era capaz de acabar con cualquier otro proyecto de futuro y con una potencial vida placentera. La cuestión era saber si *estaba dispuesto a aceptar el coraje de vivir*. *¿Deseaba con todas sus fuerzas emprender un nuevo camino, creado por él mismo, más pleno y feliz?*

De pronto, rompió a llorar igual que el torrente que manaba de la cascada que estaba a sus espaldas. Hacía mucho que no exteriorizaba sus lágrimas; y no por falta de ganas precisamente, sino porque había aprendido que *llorar puede ser interpretado por los demás como un síntoma de debilidad*, cuando en realidad, nuestras lágrimas no son más que la manifestación de una emoción interna. «¿Por qué me empeño en reprimir lo que siento? —se dijo—. ¿Consigo algo además de encontrarme peor después?» Tras llorar amargamente durante horas, dedujo que no. Las lágrimas, cuyos efectos son casi «mágicos», le proporcionaron el alivio momentáneo que necesitaba.

## La llave de oro

Malvack lo esperaba cerca de la lumbre. No hizo reproches, no pronunció sermones, se limitó a preguntarle cómo se encontraba.

—¿Estás mejor, unicornio?

—Sí. Me encuentro más animado para seguir adelante...

—De acuerdo. Entonces te diré lo que tienes que hacer ahora: cerca de la cascada hay un río. Ve allí. Cruza el río y trae aquí la llave de oro que te conducirá al reino del Rey Triste —dijo el hechicero.

—¿Y no es más sencillo que me digas, sin más, dónde está su reino? —preguntó Uni.

—Podría y puedo. Pero no debo inmiscuirme... —dijo sonriendo—. Todos tenemos nuestros «deberes» por completar, ¿recuerdas?

—¡Está bien! ¡Lo haré! ¡Regresaré con la llave!

Pensó que no podía ser más difícil que la prueba de la resina. Uni salió trotando de la cabaña y se dirigió hacia el río del que le había hablado Malvack.

Verdaderamente era un río enorme. No lo imaginaba así. Pero aquella no era la única mala noticia: ¡estaba plagado de cocodrilos! ¿Cómo lo cruzaría? ¡Era imposible! Tentado estuvo de regresar a la cabaña para recriminar al hechicero su ladina actitud: ¿cómo le había metido en semejante encerrona? ¿Por qué no le había dicho que allí habitaban cocodrilos?

Haciendo un esfuerzo visual podía observar desde lejos «algo» que brillaba en la otra orilla. Por supuesto, era la ansiada llave de oro. En semejantes condiciones no era de extrañar que nadie hubiese accedido a ella. No sabía qué hacer, ni cómo actuar, así que *se limitó a sentarse cerca de la orilla para lamentarse de su mala suerte.*

Cuando llevaba un buen rato mirando el agua, se dio cuenta de que estaba haciendo lo mismo que siempre: limitarse por las circunstancias en lugar de buscar soluciones. Pensó que sería más productivo emplear su tiempo en hallar un plan con el que hacer frente a esa nueva situación, que quedarse allí sentado sin hacer nada, excepto quejarse y suspirar.

Ignoraba qué efecto podría causar en los cocodrilos ver a un unicornio nadando. Lo más lógico era que le tomaran por «su alimento» y que se abalanzasen hacia él. Sin embargo, si usaba sus talentos, tal vez tuviese alguna oportunidad.

Llamó desde la orilla al primer cocodrilo que nadaba plácidamente.

—¡Cocodrilo! —dijo Uni—. ¿Qué harías si vieses a alguien intentando cruzar el río?

—¡Comérmelo! —contestó el cocodrilo abriendo su enorme boca repleta de afilados dientes—. A no ser que fuese algo venenoso, claro. Y si tú te acercas mucho a la orilla, también te comeré.

El unicornio, instintivamente, dio unos pasos atrás... Luego repitió mentalmente las palabras del cocodrilo: «Comérmelo, a no ser que fuese algo venenoso»... «Algo venenoso», repitió de nuevo.

De pronto, una idea tomó forma. Se puso en el lugar del cocodrilo y meditó lo que él haría, dándose cuenta de que solo conseguiría atravesar el río siendo *«algo venenoso»*.

¡El veneno! Esa era la clave. Encontrar algo lo suficientemente audaz como para engañar a los cocodrilos y así poder cruzar el río a nado. No lo pensó dos veces y se dirigió hacia un lugar en el que había muchas peonías. Después de todo, sus largos años de peregrinación le permitían conocer algunos secretos de las plantas, y sabía a ciencia cierta que las hojas y raíces de las peonías eran tóxicas.

Escogió la peonía porque —tal como le había enseñado Eru— había que fijarse en el lenguaje oculto de las cosas y los seres; y la peonía significa «protección».

¿Lo protegerían si se untaba el cuerpo con ellas? No podría saberlo hasta que se echase al agua. Era un riesgo que debía correr. Pero quizá la vida consistía en eso, en *correr algún riesgo* de vez en cuando para mejorar nuestra situación, *en lugar de quedarnos estáticos* viendo cómo todo se desmorona a nuestros pies.

Así pues, armándose de valor se untó completamente el cuerpo con los jugos que desprendían las peonías y esperó a que se hiciese de noche. Después, cuidadosamente se introdujo en el agua. Lo único que resplandecía era su cuerno.

Algunos cocodrilos se lanzaron al agua en silencioso cortejo. Observaban sus movimientos en el agua. Sus ojos, rojos como rubíes, los delataban. Ninguno se decidió a atacar; tan solo lo seguían detenidamente. Quizá se preguntaban sorprendidos qué clase de criatura era capaz de

*tener el coraje suficiente como para atreverse a cruzar el río con una potente luz sobre su cabeza.*

Uno de los más hambrientos se aproximó para oler a «su» futura presa, pero se alejó de inmediato, como si le hubiesen pegado con una vara en los morros. ¡Olía mal! Fuera lo que fuese aquel ser, no era comestible. Su reacción alertó al resto de su especie. Era como si Uni llevase un cartel pegado a su frente que dijese: «¡Veneno!».

De esta forma, muy despacio, llamando la atención tan solo lo justo, pero desarrollando un gran coraje, consiguió alcanzar la orilla opuesta sano y salvo. Una vez allí, coger la llave de oro fue mucho más sencillo. Ayudándose de la luz que desprendía su cuerno, enseguida dio con ella. La introdujo en su boca y rápidamente, para no perder el olor a veneno, regresó nadando hasta el punto de partida. El unicornio comprendió que, aunque a veces nos sentimos «tontos» o «inútiles», todos tenemos algún talento oculto, y que no hace falta ser especiales para desarrollarlos; solo hay que tener ganas de descubrirlos, y *actuar como si fuésemos especiales es una forma de tomar conciencia de ello.*

Aunque los cocodrilos estaban intrigados con aquel extraño ser que atravesaba «su» río en la noche, ninguno se atrevió a saciar su curiosidad para comprobar si sabía o no tan mal como olía. ¡La prueba había sido un éxito!

Malvack lo esperaba de nuevo, junto a la lumbre. Esta vez, no solo lo felicitó efusivamente por su valor, sino que ayudado por un trapo lo ayudó a desprenderse de los restos del veneno de peonía que aún conservaba en su piel.

—Aquí tienes la llave, Malvack —dijo Uni al entregarle el tesoro.

—¡Guárdala! Te la has ganado al demostrar una gran valentía y un fuerte coraje al cruzar el río para recuperarla —dijo el hechicero.

—¿Para qué la querías?

—Para nada. A mí no me sirve. En cambio, a ti te recordará siempre que *el primer paso para dejar atrás nuestra antigua vida, es introducir una gran dosis de valor para afrontar el cambio* y lo que este traiga a nuestras vidas.

—¿Debo guardarla entonces? —preguntó Uni.

—¡Quédatela! Es un símbolo —repuso el hechicero—. En realidad, esta es la clave para abrir la «jaula de oro».

—¿Qué es la «jaula de oro»?

—Es el lugar en el que encerraron a tu madre tras su captura. Debes estar sereno por si lo que encuentras ahora no es de tu agrado. Sea cual fuere la nueva situación a la que deberás hacer frente, recuerda lo que has aprendido hasta ahora, y recuerda también lo que te expliqué sobre el perdón. Si no aprendes a perdonar, no podrás pasar página definitivamente.

—No sé si seré capaz de perdonar. ¿Podrías tú? —preguntó el unicornio.

—Yo ya lo hice... Ahora es tu turno. Pero si ves que no eres capaz de conseguirlo por ti mismo, *siempre puedes* regresar y *pedir ayuda a los demás.*

—Procuraré no olvidar lo que he aprendido —dijo Uni.

No debía descuidar que...



**Si no vences las resistencias, acabas cediendo ante ellas, y estas  
cada vez ganan más terreno.**

**Es mejor buscar soluciones que lamentarse por lo solos que estamos.**

## **El Reino Triste**

Las lágrimas fueron puestas por Dios en los ojos para deshacer las penas del corazón.

JOSÉ MARÍA DE PEREDA



Siguiendo el camino que conducía al reino del Rey Triste todo era un mar de desolación. El paisaje empezó a tornarse frío y gris. El unicornio tuvo la impresión de penetrar en otra estación del año: allí todo era invierno y soledad.

Uni se sintió un poco más solo porque no había animales que lo acompañasen en su peregrinar, ni arbustos, ni plantas, ni flores o árboles vivos. Todos parecían haber dejado este mundo hacía ya mucho tiempo. Tampoco se apreciaban signos de vida que interpretar, salvo los que indicaban que allí esta no se desarrollaba con normalidad. Y a medida que el unicornio avanzaba percibía que la tristeza y el abatimiento habían extendido su manto haciéndose dueños y señores de aquellas tierras.

A lo lejos, en lo alto de una colina, divisó un enorme castillo que, en otros tiempos, seguramente había sido esplendoroso, pero que actualmente presentaba un aspecto lamentable: no solo se caía a pedazos, sino que además la fachada se veía sucia y desconchada. Sin duda, aquello no podía arreglarse con tan solo una mano de pintura... ¿Era ese el lugar en el que permanecía encerrada su madre? ¿Era allí donde habitaba el Rey Triste? Lamentó su suerte, no resultaba agradable.

A cada paso, el frío se intensificaba cortando su aliento. Pegada al cuello, presa con un lazo verde, portaba la llave de oro que le había prendido el hechicero. Esa que tanto sufrimiento y esfuerzo le había costado recuperar. Llevarla encima le hacía sentir más seguro, más cercano a su objetivo.

Una interminable escalera-puente cubierta por la niebla lo separaba del castillo; cada vez quedaba menos para encontrarse con su madre. Uno a uno fue atravesando los peldaños más esperanzado que temeroso.

Al principio pensó que los soldados del Rey Triste intentarían capturarlo a la entrada de la fortaleza, pero pronto llegó a la conclusión de que esto no ocurriría por un motivo simple: ¡no había soldados en la zona! No estaban apostados —como sería lógico— en las almenas, ni en el puente levadizo que lo separaba de la entrada oficial al reino.

Era como si todos sus habitantes hubiesen decidido marcharse de allí buscando un clima más cálido, unas mejores condiciones de vida, y en definitiva, un lugar menos triste en el que residir.

El unicornio, ya casi adulto por completo, aguzó su instinto y olfato buscando signos de vida a los que dar interpretación. Tan solo percibió uno que lo condujo hasta una gran sala vacía en la que por único mobiliario se apreciaba un trono. El nombre de aquella sala era Sala Hueca.

Sentado en el trono, con la cabeza gacha y las lágrimas resbalándole por las mejillas, había un ser humano. Una corona vieja y oxidada, posiblemente recuerdo de tiempos mejores, yacía rota en el suelo, a su lado. Aquel hombre no se inquietó al verlo aparecer, aunque sí se sorprendió.

—¿Quién eres? —preguntó levantando un poco la cabeza.

—Tan solo un unicornio —respondió Uni—. ¿Eres el Rey Triste?

El hombre, pasmado al ver un unicornio en su reino, o quizá sorprendido de que «alguien» —humano o no— se interesase por él contestó:

—¿Es así como me llaman? ¿Parezco una persona tan triste y solitaria?

—No más que yo —dijo Uni intentando mantener la calma—. Sé que capturaste a mi madre y quiero saber dónde está...

El Rey Triste reparó en la llave de oro que pendía del cuello del animal, y recordó «algo» que parecía haber olvidado desde hacía mucho tiempo.

—Esa llave... ¿Dónde la has encontrado? ¿Quién te la colgó?

—¡Quiero ver a mi madre! —gritó Uni empezando a impacientarse—. Y si no me llevas con ella de inmediato, sufrirás las consecuencias. ¡Ya he esperado demasiado tiempo!

El Rey Triste se asustó. Al pronunciar estas palabras, el cuerno de Uni se había iluminado provocando un gran fogonazo. *La ira y el odio acumulados rezumaban a través de él.* Nunca nadie había visto al unicornio tan furioso, ni siquiera Malvack.

Su reacción podía ser imprevisible. Su cuerno, que tantas veces le había servido para procurarle alimento o como herramienta destinada a realizar tareas diversas, podía convertirse ahora en un arma.

—Sé que no te va a gustar lo que voy a decirte, pero desconocía que podía ocurrir algo así cuando ordené capturarla... —se disculpó el rey—. De haberlo sabido, jamás hubiera hecho nada parecido. Pero a veces hacemos cosas de las que luego nos arrepentimos y que ya no tienen solución. *Me siento muy mal por lo ocurrido y no sé cómo pedirte que me perdones.*

—¿Dónde está? —le interrumpió el unicornio cada vez más furioso.

—Murió —contestó al fin—. No fue capaz de superar el cautiverio.

Aunque su semblante parecía apenado, cualquiera diría que a aquel hombre le daba igual lo que pudiese depararle el futuro. Tenía plena consciencia de que el unicornio poseía capacidad suficiente para terminar con su vida con tan solo la embestida de su potente cuerno. Lo sabía, pero no le importaba...

En los últimos años se había transformado en un ser tan desgraciado y solitario que rogó más de una vez que la nada se mostrase ante él cuanto antes. Pero esto nunca sucedió. Jamás quiso escuchar sus ruegos ni dio señales visibles de su existencia.

No se presentó cuando falleció su esposa a consecuencia del parto en el que nacería su única hija. Ni tampoco quiso hacerle caso cuando, llevado por una fuerte depresión, desatendió por completo al bebé y a su pueblo; ni siquiera tuvo a bien aparecérselo cuando enfermó y su hija, ya adolescente, no quiso saber nada de él, o cuando llevado por los consejos de los hechiceros reales ordenó capturar aquella hembra de unicornio, pensando que así ganaría su cariño y, por el contrario, la joven lo acusó de querer comprar su compañía. Igualmente, hizo caso omiso a su petición cuando, tras conocer a un joven y apuesto príncipe, su hija decidió abandonar el reino para contraer matrimonio y más tarde la pareja convino no invitarlo a su enlace. Incluso lo desdeñó el día en que, harto de soportar una situación de desidia y pobreza, su pueblo también lo abandonó definitivamente...

Ya no había un pueblo que gobernar ni una hija a la que dar amor. Por tanto, la reacción del unicornio tan solo podía contribuir a prestarle la ayuda que la nada le había negado todos esos años. En definitiva, ¿a quién iba a importarle lo más mínimo lo que le sucediese? Seguramente algunos puede que incluso se alegrasen de haberse quitado de encima a un personaje nefasto como él, que había traído la ruina a su propio pueblo.

Tras meditarlo unos instantes, el Rey Triste se arrodilló adoptando lo que parecía una posición suplicante. Pero no era piedad o clemencia lo que solicitaba ante el animal; *era casi un ruego para que terminase con su dolor y su soledad* de una vez por todas.

Uni recibió la noticia de la muerte de su madre con incredulidad; solo podía ser el argumento de una horrible pesadilla. Después, llegó el abatimiento. Aquella noticia había caído sobre él como un mazazo en su cabeza. ¡Su madre había muerto! Todas sus esperanzas se habían desvanecido como un soplo de aire. Todo aquello por lo que había luchado durante años había perdido su sentido en un instante.

Ya no podría aferrarse a su sueño familiar nunca más. Y todo porque un hombre caprichoso así lo había decidido. Ahora que lo tenía frente a sí, indefenso, abatido y suplicante, era la ocasión perfecta para vengar a los suyos... Fueron unos segundos interminables. Sin embargo, «algo» lo frenó cuando estaba a punto de hacerlo. «Algo» extraño que no sabía precisar, pero que le impedía moverse y actuar haciendo lo que el Rey Triste le rogaba. ¡Aquel hombre había tenido el atrevimiento de tocar su cuerno! Lo agarró con fuerza para colocarlo justo a la altura de su corazón, indicando el punto mortal al que debía dirigir sus esfuerzos.

Al producirse esta situación Uni recibió una oleada de contradictorias sensaciones. De pronto comprendió cuán arrepentido, culpable, triste, abatido y solo se sentía aquel ser humano para desear encontrarse con la nada. Y sintió que lo que podía hacer sería algo de lo que, sin duda, más adelante se arrepentiría...

Con ojos acuosos dio un paso atrás, y lentamente dio media vuelta para salir del recinto. Cuando estaba a punto de cruzar el umbral de la puerta, el Rey Triste habló de nuevo.

—¿Es que no vas a acabar conmigo? —dijo en tono suplicante.

—Aunque quisiera —musitó—, no soy capaz de hacerlo.

—¿Eso significa que *me has perdonado*?

—Aunque quisiera —repitió—, *no soy capaz* de hacerlo.

Diciendo esto desapareció despacio, casi arrastrando el cuerpo, como si le doliera algo o se sintiera enfermo. Y era cierto que tenía el alma dolorida.

Se refugió en el bosque, no muy lejos del castillo. Quizá la lógica dictaba alejarse de allí como el viento, pero algo se lo impedía. Era como si unos cabos invisibles lo tuviesen amarrado a puerto negándole la posibilidad de echarse a la mar en una noche de tormenta.

Allí se quedó toda la noche, meditabundo, a ratos llorando, por momentos furioso con el Rey Triste, pero también consigo mismo, por no haber sido capaz de hacer nada contra aquel cuando tuvo ocasión. Las últimas palabras del rey hablaban de *perdón*... ¿Perdón? ¿Cómo perdonar a un ser tan abominable que le había destrozado la vida?

Malvack decía que *sin perdón no hay quietud del espíritu*. Y él la anhelaba. Pero cuán difícil era perdonar. *Nadie le había enseñado cómo hacerlo*. Durante la noche, varias veces estuvo tentado de regresar al castillo para darle su merecido al rey, pero fue incapaz. Tal vez era mejor perdonar y olvidarlo todo, porque aunque ajustase cuentas con el rey, ya nada podría cambiar lo sucedido a su familia. Pero ¿cómo era posible perdonar si era incapaz de quitarse de la cabeza el odio y el rencor? ¿Cómo conseguir olvidar?

**El odio y el rencor solo contribuyen a amargarnos la vida, nos impiden emprender una existencia constructiva.**

## **Las manzanas del perdón**

Perdonar es el valor de los valientes. Solamente aquel que es bastante fuerte para perdonar una ofensa, sabe amar.

GANDHI





Pasó una semana totalmente abatido, sin saber qué hacer. Era incapaz de marcharse definitivamente del lugar o de regresar al castillo. Estaba paralizado. Sentía que tenía algo pendiente por hacer; hasta que no lo resolviese no podría buscar un nuevo rumbo que darle a su vida.

Sin embargo, esta vez no iba a resignarse al dolor. Ya había aprendido que *la resignación frente a los problemas no conduce a su solución*. Antes de despedirse, Malvack le había dicho que si no se veía capaz de perdonar, siempre podría pedir ayuda a los demás. Y eso fue lo que hizo: regresar a la morada del hechicero para que lo ayudase a aprender ese proceso, inhabitual en él y ante el cual se sentía impotente.

Malvack celebró su llegada.

—Veo que has decidido entrar en *la vía del perdón*... —dijo abriendo la puerta para que Uni pudiera pasar.

—Lo he intentado, pero no sé cómo hacerlo.

—El estar aquí ya es un paso muy importante. Pero es lógico que te cueste, porque *estás lleno de rencor y de odio desde hace mucho tiempo*. Pero no es imposible, créeme...

Pasaron los días y el unicornio comenzó a impacientarse porque Malvack no le explicaba cómo debía perdonar.

—Pensé que me ayudarías... —le decía de vez en cuando, por si se había olvidado de él. Sin embargo, el hechicero no decía nada; se limitaba a sonreírle.

Uni, por su parte, empleaba buena parte de su tiempo ayudándolo con las faenas de la huerta, y esto le sirvió para serenar su espíritu. Tras varios días, que al unicornio se le hicieron interminables, el hechicero habló por fin:

—Ahora que estás más calmado podemos empezar... ¿Ves aquellas manzanas? —le preguntó.

—Sí —contestó Uni.

—Recoge una por cada acto que necesites perdonar. Después las meteremos en un saco y lo colgaremos de tu cuello.

—¿Para qué?

—No seas impaciente, con el tiempo lo sabrás... —contestó enigmáticamente.

El unicornio, con la ayuda de su boca, fue transportando el número de manzanas que creyó oportunas hasta los pies del hechicero. Por ejemplo, tomó una por el Rey Triste; otra, por él mismo, pues se consideraba culpable de lo sucedido; una más por las hienas risueñas que se habían burlado de él... En definitiva, fue recopilando manzanas que el hechicero introdujo en un pequeño saco para después, como ya había anunciado, colgarlo de su cuello.

La única condición que le puso Malvack fue «no desprenderse del saco bajo ninguna circunstancia», premisa que a Uni no le pareció mal. A fin de cuentas, solo eran un puñado de manzanas que podía transportar perfectamente sin mucho esfuerzo. Malvack sonrió; quizá sabía lo que ocurriría más adelante.

Los primeros días el unicornio no tuvo problemas con las manzanas. *Era plenamente consciente de que las llevaba encima*, sujetas a su cuello. A veces, cuando dormía, el olor penetrante de las manzanas lo despertaba en mitad de la noche para recordarle que «ellas» seguían

estando ahí. Cuando esto ocurría el unicornio rememoraba cada una de las ofensas —propias o ajenas— que había sufrido y que había sido incapaz de perdonar o de perdonarse.

No obstante, a medida que los días fueron transcurriendo, las manzanas empezaron a pudrirse destilando un olor agrio y un líquido putrefacto que incluso traspasaba el saco para impregnarse en la piel del animal.

A esas alturas ya resultaba bastante tedioso transportar algo de esa naturaleza, entre otras razones porque las manzanas, cada vez, se hacían más pesadas. *Era como llevar varios kilos a cuestas de algo que se podría día a día sin remisión.* Además, cada vez que galopaba debía preocuparse por no perder el saco, lo que ralentizaba en buena parte todas sus tareas. Por culpa de las manzanas dejaba de atender otras cosas, sin duda, mucho más importantes para él.

Un día que ya no podía soportar el olor putrefacto de las frutas pensó en darse un baño para limpiarse de aquella peste, pero cuando se estaba metiendo en un riachuelo cercano a la morada de Malvack, se detuvo en seco porque se dio cuenta de que con el agua, las manzanas todavía se pudrirían más; posiblemente sería peor el remedio que la enfermedad. Así pues, pese al calor y al olor de las malditas manzanas, *tuvo que renunciar a lo que realmente le apetecía.*

Muy pronto, del interior de las manzanas comenzaron a asomar pequeños gusanos y el hedor ya se tornó insostenible. Entonces Uni, quien había intentado permanecer hierático siempre que el hechicero le preguntaba por el estado de sus manzanas, se atrevió por fin a preguntar...

—¿Debo llevarlas mucho más tiempo encima? Empieza a ser molesto tenerlas junto a mí. ¿No te incomoda este olor cuando me aproximo a ti?

—Claro que resulta desagradable, incluso para quienes estamos a tu alrededor, porque a nosotros también nos afecta. No debes transportar esas manzanas podridas contigo por más tiempo —le explicó—. *Eres libre para desprenderte de ellas en cuanto lo decidas...* Pero piensa que cada una de las manzanas de las que vas a deshacerte es lo que originalmente convinimos: un acto —propio o ajeno— que necesita tu perdón. Si no estás seguro de desear perdonar o perdonarte, no podrás quitarte el saco de encima.

A pesar del olor, Uni lo pensó dos veces, pero al final decidió dar el paso; de una dentellada rompió la cuerda que sostenía la bolsa para apartarla de sí con asco.

—¡Estupenda decisión! Acabas de ser consciente de que *el odio y el rencor se retroalimentan* creando aún más odio y más rencor en ti y en quienes te rodean.

Uni no dijo nada. Se quedó mudo el resto del día meditando lo que el hechicero le había revelado. Por la noche, cuando Malvack dormía, tuvo que reconocerse a sí mismo que aquello que había tardado tanto en comprender, era cierto.

Se hizo la promesa de que desterraría de su vida todo el odio y el rencor que albergaba en su interior. Era curioso el hecho de que cuando se deshizo de las manzanas podridas sintió un alivio enorme como nunca antes había experimentado. Se dijo que sería fabuloso poder hospedar esa sensación cuando fuese capaz de perdonar a los demás y, lo que era aún más importante: cuando se perdonase a sí mismo.

A la mañana siguiente le dio las gracias al hechicero, y le rogó —ya con gran interés— que le hablase más acerca del perdón y de los beneficios que este traería a su vida.

—Aunque lo que voy a contarte te parezca algo sin sentido y carente de lógica —comenzó Malvack ingiriendo un gran tazón de leche—, *perdonar es un «don».*

—¿Cómo es posible?

—Tú mismo presenciaste lo ocurrido con tus manzanas. Con *el rencor y el odio* sucede exactamente igual: *te comen por dentro*. Por eso no merece la pena guardar esos sentimientos en nuestro interior.

—Hay cosas que son difíciles de olvidar...

—¡Desde luego! Nadie dice que sea fácil. Perdonar no significa que estemos de acuerdo con ciertas acciones que nos han causado dolor; tampoco que las aprobemos. Perdonar no quiere decir que deba restársele importancia a lo que ha sucedido en el pasado, y tampoco implica darle la razón a quien nos hizo daño con sus actos. *Perdonar significa dejar atrás los pensamientos que nos convierten en esclavos del odio y el rencor; perdonar significa aceptar lo que ocurrió.*

—¿Quiere decir que todos podemos equivocarnos?

—Eso es —contestó Malvack—. Hay que partir de la base de que somos seres imperfectos, falibles y que, por esta razón, cometeremos errores a lo largo de nuestra existencia. Pero no podemos permitir que nuestra culpa o la de los demás dañe nuestro interior, porque esta acabará por debilitar nuestra autoestima, lo que nos hará sentir peor.

—Tenemos que aceptarnos como somos, ¿es eso? —preguntó el unicornio empezando a entender lo que quería decir el hechicero.

—Claro. *Aceptándonos* tal como somos, con nuestros defectos, manías y virtudes *fomentamos el crecimiento de nuestra autoestima y nos sentimos mejor*. Por eso, cuando seamos conscientes de haber errado, debemos pedirle perdón a quien perjudicamos por nuestra acción y también a nosotros mismos. Esta es la única manera de liberarnos del resentimiento y de quien nos hizo mal; mientras no lo hagamos «algo» invisible, pero palpable en nuestro corazón, nos encadena a la fuente de dolor.

—La falta de perdón es como un veneno, ¿verdad?

—Exacto. Tú has podido sentir resbalar por tu piel ese veneno. No perdonar supone alimentarse diariamente con una dosis muy pequeña de ponzoña que se va inoculando en nuestro espíritu poco a poco. No es mortal, pero a la larga se condensa y nos perjudica mucho porque neutraliza nuestros recursos emocionales.

—¿Eso quiere decir que perdonar nos hace más bien a nosotros que al prójimo? —preguntó Uni.

—Aunque parezca un contrasentido, así es. Cuando perdonas, en realidad no estás ayudando a quien te hizo daño, sino a ti mismo. Esto es así porque gracias al perdón te deshaces de los sentimientos negativos que albergas hacia esa persona, lo que favorecerá que regresen a ti la paz y el equilibrio interior.

—¿Y cómo se empieza?

—Lo primero es *aceptar el dolor* —dijo Malvack—. No sirve fingir que lo que ha ocurrido no nos importa. Eso tan solo contribuye a echarle tierra por encima al problema. Hay que reconocer nuestro dolor. Y eso tú ya lo has hecho.

—¿Y después?

—Hay que *desterrar los deseos de venganza*. Aunque a veces esa persona merezca lo que le pase, no sirve desear hacer pagar al otro con la misma moneda. Esa es solo una postura autodestructiva que no beneficia a nadie. Y eso también lo has hecho: pudiste acabar con el Rey Triste, y sin embargo, no lo hiciste.

—Es verdad... —musitó el unicornio—. ¿Qué debo hacer después?

—Debemos *valorar el beneficio* que nos traerá el perdón, nunca la pérdida. Hay que pensar que el acto de perdonar hará regresar a nuestra vida la paz interior y el equilibrio emocional perdidos. Y eso ya lo estás haciendo en estos momentos, con esta conversación.

—Cuéntame más...

—Debes *buscar soluciones*, cuando las haya, *no culpables*. Recuerda que se trata de recuperar nuestro equilibrio perdido —dijo el hechicero—. A veces *malgastamos demasiado tiempo buscando culpables en lugar de afrontar el problema*.

Como el unicornio seguía atentamente las explicaciones de Malvack, este continuó:

—El paso siguiente es de los más difíciles... De hecho, a lo largo de la historia de la humanidad ha sido la fuente de muchas guerras: *no se pueden poner condiciones al perdón*. Cuando lo hacemos es fácil caer en el chantaje y entonces, el perdón se convierte en otra cosa, pero no es perdón sincero. No vale decir: «Te perdono si haces o dejas de hacer esto o aquello». Tampoco sirve condicionar el perdón a premisas como «cuando vea que has hecho esto o aquello, te perdonaré». Esta actitud lo único que provoca es que se aviven las emociones negativas.

—Pero... —El unicornio inició una protesta.

—En este caso no deben existir los *peros* —le interrumpió Malvack—, o se perdona desinteresadamente o no se hace de verdad. Ya te expliqué que el perdón es un «don», un regalo que hacemos a quien nos hizo daño. *Hay que perdonar sin pedir nada a cambio*. Uni, no olvides nunca que el perdón es igual que el amor: simplemente se da, aunque aquel no sea correspondido.

—En cierta ocasión, la primera vez que me hablaste del perdón, te pregunté si tú podrías perdonar —quiso saber Uni—, y contestaste que ya lo habías hecho...

—Así es... Yo aprendí a perdonar hace tiempo, cuando el Rey Triste me hizo encerrar en la torre del castillo por haber contradicho lo que sentenció el resto de los hechiceros reales...

—¿Vivías en el Reino Triste?

—Sí. Quizá te sorprenda saber que era el primer hechicero real. Pero cuando el rey solicitó mi opinión sobre si se debía o no capturar una cría de unicornio para tratar de recuperar el cariño de su hija, y le expliqué que creía que eso sería un grave error, no quiso escucharme y me encerró en la torre más alta del reino —explicó en tono neutro—. Al final, después de meses, por consejo del resto de los hechiceros, quienes ambicionaban mi puesto, fui desterrado del reino...

—¿Y pudiste perdonarles algo así? —preguntó Uni extrañado.

—Al principio, no. Estuve mucho tiempo aislado, viviendo en una cueva. Lo único que podía hacer era mascullar todo el daño que me habían hecho el rey y la envidia de los hechiceros.

—¿Y entonces?

—Apenas dormía por las noches; empleaba ese tiempo de descanso en darle vueltas a una suerte de venganza que estaba dispuesto a emprender contra ellos. En vez de apreciar las cosas buenas que me proporcionaba la naturaleza o en lugar de reconstruir mi vida levantando una cabaña como esta, me dedicaba a maquinando de qué forma iba a desquitarme por todo el dolor que me habían infligido.

—¿Y cómo conseguiste quitarte todo ese odio de encima?

—Al final era él o yo... —contestó Malvack—. Era una cuestión de supervivencia. Lo que ha pasado con tus manzanas empezó a ocurrir con mi organismo. Mi cuerpo comenzó a corroerse igual que mi alma, y solo cuando fui capaz de asimilar lo ocurrido, y de perdonar

desinteresadamente a quienes me hicieron daño, pude sanar mi espíritu. Y este, ya recuperado, ayudó a fortalecer mi cuerpo.

—¿Y yo podré curar mi espíritu también?

—Seguro que podrás... Ya has dado el paso más importante, el que más cuesta:  *tienes la intención de perdonar.*

**El perdón es un don; se ofrece desinteresadamente, igual que el amor.**

# **El paraíso de los unicornios**

Estar en paz consigo mismo es el medio más seguro de comenzar a estarlo con los demás.

FRAY LUIS DE LEÓN





Uni no consiguió perdonar de inmediato; se tomó su tiempo para poder hacerlo; especialmente para perdonarse a sí mismo, que era lo más difícil. Su cabeza le decía lo que debía hacer, pero su alma se negaba a acatar la orden. Tan solo cuando consiguió aceptar lo ocurrido pudo asimilar todas las enseñanzas del hechicero.

Decidió tomárselo con calma y seguir un pequeño plan de acción: comenzaría perdonando las ofensas más pequeñas, las que menos dolor le habían causado. Así, consiguió perdonar a las hienas risueñas por utilizarlo como un juguete que se compra y se tira.

Una vez logrado esto le fue más sencillo dar el siguiente paso: perdonar a los habitantes de la aldea sedienta por haberle tildado de bestia y por intentar agredirlo injustamente. «A fin de cuentas —se dijo—, antes de su llegada, ellos jamás habían visto un unicornio, y por tanto, dadas las circunstancias, lo único que se podía esperar de ellos era una reacción de esas características.»

Siguiendo este método, poco a poco, se dio cuenta de que perdonar cada vez resultaba menos complicado. De lo pequeño a lo más grande fue liberándose de cada emoción negativa, de cada dosis de veneno que alojaba en su espíritu. Cuantas más parcelas de rencor y odio conseguía desterrar de sí, mejor se encontraba.

Sin embargo, aún no había sido capaz de perdonar al Rey Triste ni mucho menos a sí mismo. Continuaba sintiéndose el responsable último de lo que le había sucedido a su familia. Seguía convencido de que si *él no hubiese nacido, nada de aquello habría pasado*.

Tenía frecuentes pesadillas relacionadas con este asunto. Siempre eran las mismas: sus padres se le aparecían para reprocharle su conducta y le pedían que vengase sus muertes. Cuando despertaba se sentía muy angustiado e impotente por no ser capaz de llegar a la vía del perdón.

Sin embargo, una noche, el argumento de su sueño cambió. En el nuevo se vio a sí mismo hablando con sus padres muertos. Pero en esta ocasión, su actitud era bien distinta. No parecían enfadados con él. Sonreían en vez de estar serios. Le explicaban que él no era culpable de lo ocurrido. Entre sonrisas *le pedían que se perdonase* y que hiciese lo mismo con el Rey Triste, pues este había purgado con creces su forma de actuar convirtiéndose en un ser desgraciado. Le revelaron que cuando lo hiciese se sentiría tan feliz y pleno como ellos lo estaban en el paraíso de los unicornios. El sueño era una invitación clara a olvidar el pasado para emprender una nueva vida mucho más plena y luminosa.

Al despertar, por vez primera, se sintió distinto. Se percibió a sí mismo como un ser feliz y amoroso; deseoso de gritarle a los cuatro vientos lo bien que se encontraba consigo mismo y con los demás. No albergaba una sola pizca de rencor, de odio, de ira u otras emociones negativas dentro de sí. *Gracias a la vía del perdón se sentía en paz consigo mismo*.

Uni se aproximó al hechicero que dormía en la cama y con el tacto de su hocico lo despertó con suavidad. Quería contarle lo que acababa de suceder. Malvack se mostró encantado al verlo tan pletórico y lo felicitó por todo el esfuerzo que había desarrollado para lograr estar como ahora se encontraba.

Tras desayunar, el unicornio comentó su intención de regresar al Reino Triste para decirle al rey que lo había perdonado.

—Si vas a contárselo —dijo Malvack— quizá también puedas enseñarle a perdonar, igual que yo lo hice contigo. En su día lo intenté, pero él no se encontraba preparado y me acusó de querer «hechizarlo».

—Podría intentarlo para que él lo repitiese, a su vez, con su hija y con su pueblo...

—Si todos extendiésemos el don del perdón a nuestro alrededor, las cosas nos irían mucho mejor, ¿no crees?

El unicornio sonrió mientras asentía con la cabeza.

Después de su charla con el hechicero, Uni galopó en dirección al Reino Triste. Mientras se aproximaba, comprobó que el paisaje estaba aún más deteriorado que la vez anterior. Todo se veía completamente desolado y yerto. Ello se debía a que el Rey Triste seguía sin resolver sus conflictos internos. Quizá por eso, la nada se había ido apoderando poco a poco de todos sus dominios.

Al llegar al castillo le sorprendió encontrar al rey en la misma postura en la que se quedó cuando Uni abandonó aquel lugar hacía meses: el rey permanecía agachado en el suelo.

La comparación entre el unicornio y el humano era dantesca. Mientras Uni se había convertido en un ser evolucionado, un unicornio adulto, grande y esbelto, el rey parecía haber involucionado. El pelaje de Uni había recuperado el brillo perdido a causa del dolor. Su mirada era limpia y comprensiva, porque solo aquel que ha sufrido a causa de no poder dar el perdón, puede comprender al que aún no ha logrado perdonar.

El rey parecía mucho mayor de lo que en realidad era. Su cara estaba cuajada por las arrugas, y dos grandes ojeras negras como una nube de tormenta se habían adueñado de sus ojos. Sin duda, se había transformado en un ser devorado por el poderoso veneno que se inoculaba él mismo en pequeñas dosis. Se sorprendió al ver de nuevo a Uni, y alzó un poco la cabeza no pudiendo imaginar a qué se debía su presencia.

—He venido para contarte algo muy importante: ¡te perdono! Te libero de tu culpa y con ello dejo que tu energía vital fluya con independencia de la mía.

—¿Y qué quieres a cambio? —preguntó el rey—. ¿Puedo ofrecerte algún tesoro de los que aún poseo?

—No quiero nada. El perdón no se compra; se ofrece a los demás como un don. Y también tú puedes aprender a perdonar y a perdonarte, igual que lo hice yo —contestó Uni—. ¿Quieres aprender la vía del perdón?

—No creo que pueda perdonarme a mí mismo. Son demasiados los errores que he cometido a lo largo de mi vida, y por ellos ahora *me encuentro solo*.

—Tú puedes decidir dejar de estarlo. Pero para eso debes esforzarte y luchar. Una cosa es segura: ahí estancado no conseguirás nada.

—Ya pedí perdón una vez, pero no funcionó. Mi hija no quiere saber nada de mí. Le dije que si regresaba al reino le perdonaría no haberme invitado a su boda, pero declinó mi oferta... —explicó el rey.

—Seguramente lo hizo porque le pusiste una condición... No la perdonaste de corazón. Condicionaste el perdón a su manera de actuar... Sin embargo, aún no es tarde para recuperar el tiempo perdido.

—Quizá aunque la perdone de corazón, ella no quiera aceptarlo. Me porté muy mal.

—Ese es un riesgo que debes asumir. No todo el mundo está preparado para el perdón, pero puedes tratar de enseñarle a hacerlo cuando tú ya seas capaz de ello —repuso Uni.

Pronto fue de noche en el Reino Triste. La soledad aún se hizo más patente a lo largo y ancho de sus confines. Tras las últimas palabras del unicornio, el rey se quedó mudo, meditabundo y abstraído. Uni respetó su silencio y en lugar de marcharse permaneció a su lado. Se tumbó a sus pies y esperó. Al final se quedó dormido. El viaje había sido largo y estaba cansado.

Al amanecer, el rey despertó al unicornio con una sonrisa en los labios —la primera en años—. Se aproximó sin temor al animal y le susurró al oído:

—Háblame más sobre el don del perdón. No puede ser más difícil que vencer a un dragón...

Aquel día Uni ganó mucho más que el rey; aquel día dejó de sentirse solo. Es probable que fuese el último ser de su especie que quedase sobre la faz de la Tierra, pero la forma de afrontar los acontecimientos que habían marcado su existencia le había convertido en un ser grande, en el último gran unicornio.

**Cuando perdonamos de corazón nos convertimos en seres mucho más libres.**

## Bibliografía

- ANDERSEN, Hans Ch., *El patito feo*, Barcelona, La Galera, 1997.
- BERGUA, Juan B., *Mitología universal*, Barcelona, Ediciones Ibéricas, 2000.
- BETTELHEIM, Bruno, *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*, Barcelona, Crítica, 1992.
- BORGES, Jorge Luis, *El libro de los seres imaginarios*, Barcelona, Destino, 2007.
- BRASEY, Edouard, y DEBAILLEUL, Jean-Pascal, *Vivir la magia de los cuentos*, Madrid, Edaf, 1999.
- CALLEJO, Jesús, *El bestiario*, Madrid, Edaf, 2000.
- , *Los enigmas del país borroso*, Madrid, Ediciones del Laberinto, 2000.
- CARRIÓN LÓPEZ, Salvador, *Inteligencia emocional con PNL*, Madrid, Edaf, 2001.
- CHOPICH, Erika J., y PAUL, Margaret, *Cura tu soledad*, Madrid, Edaf, 2012.
- COELHO, Paulo, *El alquimista*, Barcelona, Planeta, 2014.
- DUMONT, Nicole, *Espejos: aprender a leer las señales que le manda la vida*, Barcelona, Obelisco, 2013.
- ESLAVA GALÁN, Juan, *En busca del unicornio*, Barcelona, Planeta, 2014.
- FILLIOZAT, Isabelle, *El corazón tiene sus razones: conocer el lenguaje de las emociones*, Barcelona, Urano, 2003.
- FISHER, Robert, *El caballero de la armadura oxidada*, Barcelona, Obelisco, 2005.
- , y KELLY, Beth, *El búho que no podía ulular*, Rubí, Obelisco, 1999.
- FOA, Edna B., y WILSON, Reid, *Venza sus obsesiones*, Barcelona, Robinbook, 2001.
- FREEMAN, Margaret B., *The Unicorn Tapestries*, Nueva York, Metropolitan Museum of Art, 1983.
- GONZÁLEZ, José Gregorio, *Criptozoología: el enigma de los animales imposibles*, Madrid, Edaf, 2002.
- GOULD, Charles, *Monstruos mitológicos*, Madrid, M. E. Editores, 1997.
- GRAD, Marcia, *La princesa que creía en los cuentos de hadas*, Barcelona, Obelisco, 1998.
- GREEN, Michael, *De historia et veritate unicornis*, Barcelona, Urano, 1989.
- HAUCK, Paul, *Para amar y ser amados*, Barcelona, Plaza & Janés, 1991.
- JOHNSON, S. S., *¿Quién se ha llevado mi queso?*, Barcelona, Urano, 1999.
- JUNG, Carl G., *El hombre y sus símbolos*, Barcelona, Luis Caralt Editor, 1977.
- KINGMA, Daphne Rose, *Encontrar el verdadero amor*, Barcelona, Urano, 2000.
- LANGE, Sigrid, *El libro de las emociones: siento..., luego existo*, Madrid, Edaf, 2001.
- LERME GOODMAN, Deborah, *La magia del unicornio*, Barcelona, Timun Mas, 1994.
- MILLARES, Ana, y RUIZ, Emilio, *En busca del unicornio: Finis Africae*, Barcelona, Editores de Tebeos, 1999.
- NOSENZO, Nadia, *Amor más allá de las barreras*, Madrid, Ediciones Librería Argentina, 2002.
- PERRAULT, Charles, *Cuentos de hadas y otras narraciones*, Barcelona, Iberia, 1958.
- POWELL, Barbara, *Las relaciones personales: clave de la salud*, Barcelona, Urano, 1988.
- RIBEIRO, Lair, *La comunicación eficaz*, Barcelona, Urano, 2017.

- ROJAS, Enrique, *Remedios para el desamor: cómo afrontar las crisis de pareja*, Madrid, Temas de Hoy, 2011.
- SACRISTÁN, Teodoro (ed.), *Monstruos y seres imaginarios en la Biblioteca Nacional*, Madrid, Biblioteca Nacional, 2000.
- SAINT-EXUPÉRY, Antoine de, *El Principito*, Madrid, Alianza, 1976.
- STORR, Anthony, *Soledad*, Barcelona, Debate, 2001.
- STURGEON, Theodore, *La fuente del unicornio*, Barcelona, Plaza & Janés, 1999.
- TAHOCES, Clara, *Diario de un hada: solo viven si crees en ellas*, Madrid, Martínez Roca, 1999.
- TOLLE, Eckhart, *El poder del ahora: un camino hacia la realización espiritual*, Madrid, Gaia, 2004.
- VALDIVIA, Benjamín, *Breviario del unicornio*, México D. F., Verdehalago, 1998.
- VANZANT, Iyanla, *Esperando el amor: porque hay mucho que hacer*, Barcelona, Urano, 1999.
- VV. AA., *Diccionario de los símbolos*, Barcelona, Herder, 2009.
- WALKER, Joseph M., *Seres fabulosos de la mitología*, Barcelona, Brontes, 2012.
- WILLIAMSON, Marianne, *La plenitud del amor: el poder espiritual de las relaciones amorosas*, Barcelona, Urano, 2001.

*El último gran unicornio*  
Clara Tahoces

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del texto: Clara Tahoces, 2019  
Autora representada por Silvia Bastos, SL, Agencia Literaria

© de las ilustraciones de interior y cubierta: Ignasi Font

Dirección de arte: Planeta Arte & Diseño

© Edicions 62, S.A, 2019  
Ediciones Luciérnaga  
Av. Diagonal 662-664  
08034 Barcelona  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2019

ISBN: 978-84-17371-89-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.  
[www.newcomlab.com](http://www.newcomlab.com)

cover